

2. 9. 9. 7

CONSIDERACIONES

SOBRE

LA DIPLOMACIA,

y su influencia en el estado político y social de Europa, desde la revolución de julio hasta el tratado de la Cuádruple Alianza.

POR

Don Juan Donoso Cortés.



MADRID: 1854.

IMPRESA DE DON MIGUEL DE BURGOS.

PRÓLOGO.

Estas reflexiones estaban ya escritas y á punto de publicarse, cuando la aparición del cólera en Vallecas y la existencia de algunos casos sospechosos en Madrid, esparciendo el alarma en todos sus habitantes, y absorviendo su atención, la separó forzosamente por algun tiempo de las cosas políticas, á pesar del interés que presentaban. Yo no creí que debia publicar entonces este ensayo, porque escrito para ofrecerle á la consideracion de los hombres que se ocupan en estudiar en las entrañas de las sociedades el gérmen de vida que conservan, ó el cáncer que las devora, no podia ofrecer interés ni utilidad cuando todos daban treguas á sus meditaciones, por-

que no tenían un porvenir en que reposarse, ni la esperanza iluminaba el horizonte de su vida. Por fortuna esa esperanza vuelve á brillar en todos los corazones, y la enfermedad terrible que ha sido el azote de la tierra, abandona ya esta capital que fatigó con sus estragos.

Rara vez los grandes sacudimientos que se verifican en el mundo físico dejan de estar acompañados de violentas oscilaciones en el mundo moral: ya sea que el hombre amenazado en su existencia despliega toda la energía de que se halla dotado antes de perecer, como el cisne que no desata sino sobre su sepulcro todo el raudal de su canto, ó como la lámpara que brilla más en el momento en que se extingue; ó bien consista en que entre el mundo moral y el mundo físico existe un lazo misterioso, que no es dado al hombre descubrir sino en sus mas remotas consecuencias; este fenómeno es un hecho constante de la historia, y las preocupaciones á que ha dado origen en todos los pueblos le atestiguan. Cuando esta

coexistencia de calamidades físicas y de perturbaciones morales se verifica en un pueblo, el espectáculo que ofrece es siempre una leccion para los que gobiernan, porque la sociedad se presenta desnuda de los velos que la cubren, y pueden estudiar en ella los vicios que la manchan, y las pasiones que la dominan.

Este espectáculo se ha ofrecido á nuestra vista, y ha sido fúnebre y terrible. El es una leccion, y esta leccion es severa. Su recuerdo será indeleble, y turbará largos dias nuestro reposo, como si estuviéramos bajo la influencia de un funesto talisman, ó como si turbára nuestro sueño la imágen melancólica de un fantasma importuno. No: Madrid no olvidará jamás el dia de dolorosa recordacion en que ha visto disolverse la sociedad, desaparecer la fuerza pública, y en que ha sido testigo de la profanacion de sus templos: como si un instinto fatal enseñára á los monstruos que nos infestan, que las sociedades no pueden dejar de existir si la religion, abandonándolas, no las condena á la esterilidad y á la muerte. Los ma-

nes de las víctimas piden venganza, y la sociedad justicia. Las leyes no pueden exigir obediencia si no conceden proteccion: y la libertad y el órden para hermanarse y crecer, necesitan que se purifique el suelo que ha teñido la sangre, y que ha profanado el crimen. La nacion lo espera del gobierno y de los que la representan: y ahora más que nunca para asegurar nuestro porvenir, y labrar nuestro destino, deben cumplir su mision *defendiendo el trono, consolidando la libertad, y sofocando la anarquía.*

Pero no era bastante que los representantes de la nacion al reunirse en el templo de las leyes, tuviesen delante de sí este espectáculo horrible: era necesario tambien, que la guerra civil, aumentando su furor, viniera á contristar sus corazones: como si la Providencia quisiera hacerles conocer que la gloria no se alcanza sino por medio de un combate sin treguas, que el hombre no se sublima sino por medio del dolor, que el infortunio es la escuela de los legisladores, y que solo en su seno pueden

aprender el secreto de su ventura y de su perfectibilidad las sociedades.

El príncipe desleal que, cargado de ignominia y agobiado bajo el peso de las maldiciones de su patria, fué á consumir en el olvido y en medio de un país extranjero su inútil existencia, ha vuelto á aparecer entre nosotros. ¡Insensato! él no sabe que al salvar el Pirineo ha dicho el último adios á la esperanza: él no sabe que pisa su sepulcro: que en mal hora, obedeciendo á la fatalidad que le persigue, abandonó las playas de un país hospitalario, que sus ojos no verán más: él no sabe que sus brazos no volverán á estrechar en su seno á las prendas queridas de su corazón: él no sabe que, como un hombre que llevára en su frente un sello horrible, está solo; que no escuchará el eco de una voz amiga, y que se ha consumado su destino. ¡Insensato! ¿por qué renuncia á la vida, cuando en su tumba no le espera la gloria? ¿pretende el trono? ¡Infeliz! no conoce que entre el trono y él hay un río de sangre mas difícil de salvar que el Pirineo: él no sabe que sus víc-

timas le acusan : que todos le maldicen : que este suelo le rechaza : que la divinidad le condena ; y que le reclaman las leyes. ¡ Un trono !..... si él pudiera ocuparle , su trono seria un osario.

No : él no reinará jamás ; ni sus hijos podrán respirar el aire que nosotros respiramos. El cielo de España no cobijará su frente : su brillante y pacífico azul, retrato de la inocencia , solo cubre la cuna de Isabel ; y sus benéficos rayos descenderán amorosamente sobre España , para que se fecunde la libertad en este suelo , tan rico de gloria, como escaso de ventura. — Madrid
14 de agosto de 1854.

La Diplomacia considerada como una ciencia no ha existido sino en la Europa civilizada y monárquica (a). El despotismo oriental, condenado á una inmovilidad estúpida y á una civilizacion estacionaria , se basaba á sí mismo , porque su destino no era

(a) Asi como desde que existen hombres existen transacciones , la Diplomacia existe desde que existen los Estados. Las mismas repúblicas de la Grecia pudieran ofrecernos ejemplos de repetidas transacciones diplomáticas con los persas : pero mi objeto no es tratar de la Diplomacia tal como entonces existia; es decir, aplicada á un interes de momento é interrumpida pasado este interes ; sino de la Diplomacia puesta en una accion continua , aplicándose á la sociedad entera , y obedeciendo á principios fijos , determinados y constantes; en una palabra , de la Diplomacia que , disciplinada por los principios, domina y dirige todos los acontecimientos. Esta no ha existido sino en la Europa de nuestros dias.

vivir y progresar , sino vejetar y crecer. Encadenada allí la inteligencia , y revestida en su decrepitud de las formas teocráticas que caracterizan á las sociedades infantiles , aquella sociedad no necesitaba sino de la paz de los sepuleros , y de la soledad de los desiertos.

Las pequeñas repúblicas de la Grecia , llenas de vida interior y agitadas de un movimiento continuo , no podían concebir la Diplomacia ; porque ni la sencillez de sus formas podía hermanarse con la complicacion necesaria en los tratados , ni su movilidad era susceptible de un sistema : el comercio y la industria no habian llegado á aquel grado de esplendor que hace necesarias las relaciones permanentes de las naciones entre sí ; y siendo la ocupacion casi exclusiva de los esclavos , no merecian la atencion de aquellos hombres fieros , que solo se alimentaban de libertad y de gloria. Ellos no creían que la libertad política fuese una ilusion , cuando los hacia tan grandes ; ni la Europa moderna debiera creerlo , cuando las páginas que ella ha legado á la historia , son las únicas en que sus ojos pueden reposarse con placer , despues de haber recorrido tantas oscurecidas con la huella del crimen , ó

con el espectáculo de la degradacion humana. En cuanto á las relaciones exteriores de la Grecia en general, el estado de su civilizacion no las habia hecho necesarias: y cuando el principio que la elevó á la cumbre de la gloria , y el que adormecia al Oriente se encontraron en su carrera , no lucharon para transigir , sino para devorarse y reinar. El espíritu humano estaba dominado entonces por principios absolutos cuya fusion no concebía. La Grecia, con su instinto de lo bello en el mundo moral como en las artes , hubiera creído ver una Náyade sofocada con los abrazos de un Sático, en la libertad transigiendo con el despotismo. Su gran tratado con la Persia fué el de Maraton ratificado en Salamina.

Roma no podia transigir sin faltar á su destino. Una sola existencia independiente hubiera sido incompatible con la suya; porque su mision era absorber al mundo en su unidad, para lanzarle en un nuevo espacio, revestirle con sus formas , y sujetarle con su espada y con sus leyes. La expresion de *Carthago delenda est*, extendida al Universo, explicaria el destino como el sistema de Roma. Ella no podia concebir la existencia sin

la dominacion : y con esta idea siempre fija en los distintos periodos de su historia, conquistó al mundo, que se postró ante sus siete colinas. La Diplomacia supone la coexistencia de muchas sociedades independientes, cuyo equilibrio es su objeto conservar: los siglos que Roma llena con sus hechos se distinguen por la ausencia de simultaneidad de poderes, confundidos todos en la unidad romana : unidad poderosa, que niveló todas las eminencias sociales; que, con una fuerza de cohesion sin ejemplo en los anales de las naciones, destruyó todas las soberanías encadenándolas á la del Capitolio.

Pero el gigante, despues de haber devorado la tierra, se devoró á sí mismo: á la hora de su muerte los bárbaros del norte se presentaron para reclamar su herencia : la unidad romana se descompuso en fracciones: la luz de su civilizacion no brilló más en su enlutado horizonte, y la idea del Estado desapareció con ella. En la Europa bárbara solo la Iglesia era una sociedad, porque solo en la Iglesia se encontraba unidad de objeto y armonía de voluntades. Roma aspiró á la dominacion en nombre de la fuerza ; la Iglesia en nombre de la verdad: su título era

mas legitimo : sus medios los ha juzgado ya la historia.

Considerada la Iglesia bajo este punto de vista , ella continuó el movimiento del mundo romano , elevó las mismas pretensiones , y marchó hácia el mismo fin ; pero mas inflexible aun , porque la verdad es mas absoluta que la fuerza , vencedora no perdonó jamas , y protestó vencida. En su lucha con los emperadores , al ver postrado á los pies del heredero de san Pedro al heredero de los Césares , la imaginacion asombrada no alcanza á concebir esta revolucion inmensa en el destino del mundo. Fuera de la Iglesia solo existian individuos : la voluntad del hombre reinaba sola en aquel caos en que naufragaron todas las instituciones humanas ; y abandonada la sociedad á sus elementos primitivos , no tenia mas vínculos que los de la familia , y apenas existian otras relaciones de dependencia que las del patrono y el cliente , el siervo y el señor. Echando una ojeada por los siglos medios , es fácil conocer que no podian existir relaciones exteriores , porque los pueblos no estaban constituidos todavía. Pero los elementos que luchaban entonces no luchaban en vano : los gérmenes que abrigaban

eran fecundos, y debian dominar el porvenir.

Los tronos se elevaron en medio de la anarquía, no por la fuerza de la espada, sino por el trabajo lento de los siglos. Los reyes llamaron hácia sí las fuerzas vitales de la sociedad para constituir el Estado: los pueblos se agruparon á su derredor, y les ofrecieron sus riquezas y su sangre, para que en cambio les diesen paz, y labrasen su ventura. Cuando los Soberanos, olvidando su mision, usaron de aquellas fuerzas para oprimir y no para proteger, los pueblos se levantaron, y les hicieron comprender que ellos se habian dado reyes, pero que no admitian señores.

En el siglo XV la Europa del mediodia empieza á ser monárquica: en el XVI los tronos se encuentran consolidados, y vencidas todas las resistencias. Este es tambien el tiempo en que nació la Diplomacia propiamente dicha, que antes no habia podido existir.

La prolongada lucha de todos los principios que en los siglos bárbaros aspiraron á la dominacion sin conseguirla, hizo aparecer en Europa naciones independientes entre sí, porque sus fuerzas, que bastaban para conservar-

se , no eran suficientes para aspirar á la conquista. Habia, pues, simultaneidad de poderes, que es la primera condicion de la existencia de los tratados : nacidos todos los pueblos de un origen comun , habiendo visto pasar los mismos acontecimientos , y habiendo estado sujetos á las mismas vicisitudes , todos obedecian á los mismos principios , y marchaban bajo el imperio de unas mismas ideas: las transacciones entre ellos eran posibles, porque , no habiendo incompatibilidad entre sus principios, podian adoptar una base reconocida por todos , y ajustar despues sus diferencias. Gobernados monárquicamente, eran regidos por ideas fijas y reglas estables, que, trasladadas á la conclusion de los tratados, podian asegurarles un porvenir que hubiera sido imposible prometerse de la movilidad de las repúblicas antiguas.

Los reyes, ocupados exclusivamente en las relaciones exteriores, porque su poder no era disputado todavía por los pueblos , podian pensar en su engrandecimiento por medio de la espada ó de transacciones ventajosas.

Si la independenciam de los pueblos, si su origen comun , si la homogeneidad de sus principios y la estabilidad de sus gobiernos

hacian posible la existencia de la Diplomacia, la complicacion de sus intereses políticos y materiales reclamaba altamente su presencia. Las naciones ya constituidas debieron conocerse , y se conocieron en Italia. Destinada á ser el teatro de todo gran movimiento político y social , y á ser desgarrada por sus oscilaciones , ella se abrió otra vez á la invasion de pueblos extraños , que la inundaron de sangre. Pero estas guerras, menos decisivas y devastadoras que las de otros siglos, porque las fuerzas puestas en accion estaban mas equilibradas, no podian concluirse por la conquista sino por los tratados. Por otra parte, el prodigioso movimiento dado por la civilizacion á los intereses materiales de los pueblos , y la complicacion de sus relaciones comerciales, exigian que se regularizasen estas sistemáticamente , y que no estuviesen abandonadas á la inestabilidad de todos los acontecimientos.

Así, el carácter de la Diplomacia en su origen era arreglar las relaciones de unos pueblos con otros , para conservar un equilibrio político y material entre las naciones , que ni podian aspirar á ser conquistadoras , ni podian ser conquistadas. Pero co-

mo en las relaciones de unos estados con otros los pueblos desaparecen, y solo se consideran los que los dirigen, y como los intereses de los subditos y los de los reyes no estaban todavía en absoluta oposicion, á estos perteneció el nombramiento de los agentes que debian arreglar los graves negocios encomendados á sus deliberaciones. La Diplomacia, pues, era, no solamente posible, sino necesaria: sus poderes dimanaban absolutamente de la potestad real: su creacion era un *medio* de conseguir un equilibrio estable entre naciones independientes, que apelaban ante el tribunal de la razon, despues de haber ventilado en vano sus querellas con la espada. Considerada bajo este aspecto, la Diplomacia representaba por sí sola el gran principio de nuestra civilizacion, de que el imperio del mundo pertenece á la inteligencia. Este principio, generalizado solamente en la Europa de nuestros dias, y presidiendo al desenvolvimiento progresivo de sus instituciones; es el triunfo mas bello de la humanidad, y el resultado mas grande del trabajo de los siglos.

Mientras que los príncipes estuvieron ocupados en sus relaciones exteriores, mientras

que sus intereses estuvieron en armonía con los de sus pueblos , la Diplomacia , obrando dentro de los límites trazados por su naturaleza , solo derramó beneficios sobre el mundo ; y su carácter eminentemente humano , porque ella era la expresión de un progreso en el orden moral , fué respetado por todos.

Esta primera época de la Diplomacia , que es también su edad de oro , está representada por la paz de Westfalia , que constituyó por largo tiempo el derecho público de Europa , y terminó la ensangrentada lucha que destruyó por espacio de treinta años el imperio de Alemania. La Diplomacia tuvo que arreglar entonces por primera vez los intereses morales de los pueblos , que empezaban á formar una sola familia obedeciendo á unos mismos principios.

Las guerras de Italia en los siglos XV y XVI tuvieron por objeto decidir á qué soberano pertenecía la preponderancia entre los reyes de Europa. Con Lutero nació la lucha de los principios : los reyes aparecieron en la escena como sus representantes ; y las naciones se arrojaron al campo de batalla , no en nombre de un señor , sino en el de sus creencias. En Bohemia , en donde en el siglo XV

aparecieron las primeras víctimas del fanatismo, fué en donde empezó á manifestarse el incendio, que, convertido en volcan, debía abrasar á la Alemania. Aquella provincia sacudió el yugo de Fernando II que quiso sofocar sus opiniones religiosas, y colocó en el trono á un príncipe protestante, en la persona del elector palatino Federico, que poco despues fué despojado por el emperador de su corona y del Palatinado. Así empezó la lucha de los dos principios opuestos.

La casa de Austria era el mas firme apoyo de la corte de Roma. La rama á quien pertenecia el imperio, y la que reinaba en la península española se unieron para sostener este principio despues de sesenta años de ásperas contiendas. Su bandera fué la unidad política y religiosa, que la corte de Madrid pugnaba por conservar en los Países-Bajos, y la de Viena en Alemania: su poder era colosal; porque dominando en Italia tambien, y próximas á darse la mano, amenazaban á todo el Mediodia, ciñendo entre sus brazos á la Francia, y dictando leyes desde Portugal hasta las fronteras de Polonia.

Pero la corte de Madrid era un coloso

cansado ya de trofeos, y que caminaba con rapidez hácia su decadencia. Richelieu, que arrancó á la Francia de la nulidad á que se vió reducida despues de la muerte de Enrique IV, impidió la reunion de las fuerzas de las dos cortes, arrancando á la de Madrid la Valtelina. El emperador, que despues de haber sofocado la revolucion de Bohemia, no concebía ya limites que atajaran su voluntad y detuvieran sus triunfos, amenazó de muerte con el *Edicto de restitucion* al protestantismo de Alemania. Los principes protestantes se levantaron en defensa de sus intereses; sus pueblos en defensa de sus principios: y el Norte les envió á Gustavo Adolfo, que les enseñó el camino de la gloria. La Francia, poderosa ya porque estaba gobernada por un hombre de genio, atacó á la casa de Austria en todos sus dominios. Así las fuerzas se equilibraban, y la lucha era devastadora sin ser decisiva.

Jamás el suelo de Alemania habia sido regado con mas sangre, ni sus hijos agoviados con tan horrorosa miseria. La guerra debia sostener á la guerra: tal fué el desastroso principio proclamado por Wallenstein, y practicado por todos los que combatian. Si alguu

tratado ha sido alguna vez un don del cielo, lo fué sin duda el que puso fin á una guerra que no podia terminarse por la victoria, porque las fuerzas de los contendientes estaban equilibradas, y ninguna potencia de Europa se hallaba en disposicion de decidir la lucha arrojándose en la dudosa balanza. La Rusia no existia como poder: la Dinamarca se retiró desde el principio vencida por Fernando: la Inglaterra reconcentraba su accion dentro de sí misma, para ocupar sola la escena del mundo en la última mitad de aquel siglo, y su Rey Jacobo I estaba ocupado en disertar sobre la obediencia pasiva. En esta situacion los tratados de Munster y de Oranabruck dieron la paz á la Europa y constituyeron la Alemania. Siendo la paz el único objeto de los plenipotenciarios que los arreglaron, sus combinaciones no se dirigieron á hacer dominantes sus ideas, imponiendo su yugo á los que combatian, sino á procurar una transaccion ventajosa entre los principios existentes, que, convertidos en hechos, luchaban por dominar las sociedades.

La paz de Westfalia no constituyó ningun poder tiránico en Europa, y obligó á todos á que se encerrasen en sus verdaderos

límites. El protestantismo era un hecho en la sociedad : la paz de Westfalia le admitió como un hecho en la política y en las leyes, y aseguró su desarrollo espontáneo y su independencia admitiéndole en el derecho público , y dándole representación en los grandes cuerpos del Estado. Las indemnizaciones que en el Congreso de Viena debían servir de pretexto para oprimir á los débiles y engrandecer á los tiranos, en la paz de Westfalia fueron por lo general justas, y proporcionadas á las pérdidas ó á los sacrificios. El Elector palatino entró en posesion del bajo Palatinado, y mientras que el alto no estuviese vacante por la extincion de la Casa de Baviera, á quien el Emperador se le habia concedido , este Príncipe debía recibir la investidura de la octava dignidad electoral, creada al intento para indemnizarle , y que debía dejar de existir luego que se hubiese verificado la extincion de la Casa de Baviera. *El Edicto de restitucion* fué revocado , y los Príncipes protestantes conservaron la posesion de los bienes de que aquel los despojaba. La Suecia fue indemnizada con parte de la Pomerania y con la isla de Rugen en premio de sus heroicos sacrificios , y tuvo

ademas voto en la Dieta del imperio, como parte constituyente de él por sus posesiones de Alemania. La Francia extendió su territorio por la parte del Rin; y si es cierto que la indemnizacion que consiguió era tal vez mayor que sus sacrificios, no lo es ménos que su poder no se aumentó por entonces de manera que fuese alarmante para el equilibrio de la Europa. Las relaciones entre los príncipes del imperio y el emperador se arreglaron de un modo permanente, teniendo por base la célebre Bula de oro, pero sin dejar por eso de admitir modificaciones que los siglos habian hecho necesarias. En fin, la Confederacion Helvética fué declarada independiente y exenta de la jurisdiccion del imperio, y las Provincias-Unidas entraron en la familia europea. Estos resultados fueron nobles; pero la Europa no debia esperarlos más de los grandes Congresos.

Amaneció un dia en que la inteligencia emancipada de los pueblos pidió á los reyes sus títulos y examinó sus poderes. Este dia fué terrible para la sociedad: mas terrible para los que la gobernaban. La lucha que nació entonces estará siempre presente en la memoria de los reyes y de las naciones,

como una lección terrible y un ejemplar escarmiento. Los príncipes pusieron fin á sus rivalidades y desavenencias; y colocados en las mismas filas, pugnaron por detener el torrente que les amenazaba. Desde entonces las fuerzas de la sociedad se reconcentraron; y en vez de ejercitarse en el arreglo de las relaciones exteriores, tuvieron por objeto formar su vida interior proporcionada á su nueva existencia.

La Diplomacia no pudo menos de resentirse de esta revolución que la revistió de un nuevo carácter; y olvidando entonces su origen, y la esfera en que podía agitarse, ejerció un poder usurpado, y se asoció á todos los crímenes de la fuerza. En vez de arreglar las relaciones de los estados entre sí, trató de sujetar los intereses de los pueblos á los de los reyes que los gobernaban. Esta segunda época de la Diplomacia, constituida ya en poder, empieza con el congreso de Viena, cuyas actas son un monumento de ignoble opresión, de cobarde tiranía, que servirá de escándalo á la posteridad, como ha servido de horror á la Europa civilizada.

Ya en el tratado de 30 de mayo de 1814 verificado en París por los Soberanos aliados

se anunciaba este famoso congreso; y ya entonces las potencias vencedoras, para que el mundo no ignorase cuales eran los principios que presidian á su política, empezaron la carrera de sus usurpaciones, declarándose por un artículo secreto con derecho de disponer de todo el territorio abandonado por la Francia en sus desastres, y de arreglar en dicho congreso sus relaciones con la Europa. Como el principio que servia de base á este artículo era que las naciones que no tienen un señor pertenecen al primero que las ocupa, los aliados dispusieron de la misma manera de las provincias de Alemania y de Italia, con el objeto de arreglar despues amistosamente sus diferencias, cediéndose mutuamente las que mas importaran á sus intereses respectivos. Consecuentes consigo mismas las grandes potencias, no admitieron en el gran congreso que iba á decidir del destino de la Europa á los plenipotenciarios de príncipes que no reconocian; porque su mision no era equilibrar los intereses de los pueblos, sino sacrificarlos á los de los Soberanos.

Reunidos todos los plenipotenciarios en Viena, parecia natural que se constituyera el congreso, y que, puesto que se componia de

representantes de pueblos independientes entre sí, y que su objeto era arreglar los intereses de todos, procediese en sus determinaciones por vía de deliberacion. Pero las grandes potencias, que entendian los principios de otro modo, no consintieron en esta manera de discutir, porque, segun ellas, el congreso no debia dar al mundo el espectáculo de una asamblea deliberante: como si, quitada la deliberacion de las determinaciones, quedase otra cosa que la fuerza. Las potencias signatarias del tratado de Paris, se invistieron del derecho de deliberar solas, tomando el título de Comision (*¿quién era el comitente?*) de los ocho: (*de los cuatro deberian decir, porque los representantes de la Francia en el dia de su humillacion, los de España, los de Portugal y los de Suecia no podian pesar entonces en la balanza del mundo*) y luego que en su seno se hubiesen agitado todas las cuestiones y arreglado todos los intereses, se presentarian las proposiciones á la sancion del congreso, que no debia constituirse hasta que la comision hubiese concluido sus trabajos. En su consecuencia, aunque los plenipotenciarios estaban reunidos desde el mes de setiembre, no se realizó la verificacion de poderes hasta el mes

de noviembre : y aun en este tiempo la comision de los ocho, á propuesta de Metternich, decretó que no siendo por entonces conveniente una reunion general , se dilatase para mas adelante. Como el monopolio tiende á la centralizacion , la comision de los ocho degeneró en la de los cinco creada para arrèglar los asuntos de Polonia y de Sajonia , cuyo arreglo definitivo era la cuestion vital para el congreso. Esta comision se compuso de los plenipotenciarios de Rusia , Prusia , Austria , Inglaterra y Francia. La política de los aliados marchaba visiblemente en el camino de los progresos: el resultado de las nuevas conferencias fué un nuevo desmembramiento de Polonia , en virtud del cual la Rusia conservaba la mayor parte , con la promesa especial de formar de ella un reino unido , que debia ser gobernado por una Constitucion conforme á sus necesidades combinadas con las del Imperio ; obligándose la Prusia y el Austria á gobernar las provincias que les habian cabido en suerte de una manera conforme al mismo tiempo al espíritu de su nacionalidad, y á las exigencias de sus respectivos estados. Siguióse otro desmembramiento de la Sajonia en favor de la Prusia para indemnizarla de las

pérdidas de territorio que habia sufrido durante el curso de la guerra. En el seno de la misma comision se creó el reino de los Países-Bajos , que nosotros hemos visto desplegarse. Todos tenian motivos de queja, hasta los mismos reyes. El de Sajonia, porque le arrebatában una gran parte de sus estados, infringiendo el principio de la legitimidad que el mismo congreso proclamaba. El de Dinamarca, porque, como débil, no habia recibido justa compensacion por el despojo de la corona de Noruega, que fué unida á la de Suecia para indemnizarla de la pérdida de la Finlandia conquistada por la Rusia. La comision de los ocho habia igualmente nombrado otra com- puesta de los plenipotenciarios de las cuatro potencias aliadas , y despues del de Francia tambien , para arreglar los asuntos de la Suiza: en vista de su informe, la comision de los ocho, sin contar con los cantones Helvéticos, declaró en 20 de marzo de 1815 la manera como la Suiza deberia quedar organizada, obligando á la Dieta á conformarse con esta declaracion , y negándose de lo contrario á garantizar su neutralidad : la Dieta se vió en la precision de ceder, puesto que no podia resistir. Guiado el congreso siempre por los

mismos principios, la comision, creada para arreglar los asuntos de Alemania y formar su unidad, fué compuesta solamente de los plenipotenciarios de Austria, Prusia, Baviera, el Hannover y Wurtemberg, excluyendo á los plenipotenciarios de los príncipes de segundo orden y de las ciudades libres (*es decir á los débiles*), que solo despues de repetidas protestas consiguieron ser admitidos á la discusion de intereses que eran exclusivamente suyos.

Así, un congreso que se anunció al mundo como el reparador de todos los agravios, como el restaurador de todos los derechos, y como el apoyo mas firme de los débiles oprimidos, ejerció el poder mas tiránico que conocieron los hombres. La fuerza, no la justicia, decidió de los mas sagrados intereses. Napoleon, sujetando las naciones con el poder de su espada, doró la esclavitud con la gloria, ennobleció sus acciones con su valor y sus peligros, y supo dominar con el ascendiente de su genio: pero los que sobre el cadáver del gigante se repartieron sus despojos, sin enemigos que les combatieran, sin tempestades que turbaran su sosiego; los que en el seno de la paz se proclamaron seño-

res del mundo por el derecho de la fuerza, unieron á la opresion la perfidia , desmoralizaron los tronos , y disolvieron las sociedades. El que en una lucha eterna supo vencer todos los obstáculos y coronarse de laureles, pudo encontrar disculpa á su dominacion, comprada á precio de sus fatigas : pero los que saliendo del polvo y condenados á la mediocridad ajustaron una ignoble cadena á la cerviz de los pueblos , solo pueden esperar la execracion de los siglos. El yugo de Napoleon debia ser momentaneo; porque, despues de su muerte ¿quién vestiría las armas del coloso? ¿ni quién dominaría al destino, ó guiaría en los combates el carro de la victoria? Pero el yugo de la Santa Alianza debia ser eterno , porque los gabinetes no perecen , cuando todos los hombres pasan. Solo un medio tuvieron entonces las sociedades para conquistar su libertad , y recobrar su independencia: este medio fué justo, cuando se hizo necesario, y desde el momento en que él solo pudo salvar la sociedad de su ruina: este medio fué... el de las revoluciones, que serian el mayor azote de los pueblos, si no las hubieran hecho necesarias los tiranos.

Mientras que las grandes potencias arre-

glaban desde Viena la suerte futura de la Europa , Napoleon , encerrado en los límites estrechos de una Isla que no era bastante para contenerle , meditaba tambien sobre la suerte del mundo : su frente , oprimida bajo el peso de las mas sublimes concepciones , abrigaba aun otras que debian asombrar al universo antes de que diese el último á Dios á su borrascosa existencia. El pensamiento que dirige y la accion que le realiza coexistian en él sin sucederse , porque el genio ni tiene intervalos , ni conoce el reposo , condicion necesaria de la debilidad y de los espíritus comunes : al fin se entrega á la merced de las olas , se dirige hácia las playas de Francia , animado con aquella fé íntima que ya habia sentido nacer en su pecho , cuando , dando el último saludo á las pirámides , atravesó un mar lleno para él de escollos , para empuñar un cetro y ceñirse una corona. El prisionero de la isla de Elba no habia variado en nada del vencedor del Egipto , y su esperanza en el porvenir era la misma siempre : pero no conocia que todo habia variado menos él , y que en el horizonte se habia eclipsado su estrella. Sin embargo , él no dejará de existir sin haber dado una larga mues-

tra de su poder á los imbéciles que, como á Encélado, debian amarrarle á una roca. A su presencia se desplomó como por encanto una dinastía y un trono cuyos fundamentos habia conmovido la civilizacion como un árbol cuyas raices habian secado los siglos , y que no podian fecundar todas las lluvias del cielo. Su formidable voz volvió á turbar el sueño voluptuoso de los déspotas del Norte , que, declarándole fuera de la humanidad y de la ley, encargaron á todos los Soberanos de Europa la ejecucion de esta terrible sentencia: los ejércitos de los aliados se precipitaron segunda vez sobre Francia : en vano luchó el gigante : sus horas estaban ya contadas en el libro del Destino, que le tenia preparado los campos de Waterloo , para que escribiese en ellos la última página de su historia. Cuando la Europa miró á Napoleon vencido por Wellington, ella comprendió una verdad que habia ya enseñado la filosofía: á saber; que Dios se vale muchas veces de los débiles para abatir á los poderosos , y que se complace en producir grandes resultados por medio de imperceptibles agentes.

Postrado ya el enemigo , y habiéndole señalado el lugar de su sepulcro , los sobera-

nos aliados ocuparon militarmente la Francia, exigieron de ella indemnizaciones por sus gastos y sus sacrificios , y garantías pecuniarias y territoriales que asegurasen en lo venidero su tranquilidad , que debia defender por espacio de tres á cinco años un ejército de ocupacion. Tales fueron las principales bases del tratado ignominioso concluido en Paris entre la Francia y las potencias aliadas en 20 de noviembre de 1815.

Si se estudian con atencion las determinaciones que le sirven de base, y las que fueron el resultado del congreso de Viena , se verá que , si bien es cierto que ya las grandes potencias habian adoptado principios funestos para la libertad y la independencia de la Europa , sus miras se dirigian sin embargo mas principalmente á prevenir que la Francia se revolucionase de nuevo , y pudiera comprometer la tranquilidad de las naciones vecinas. Para evitar esta catástrofe , determinaron oponerla diques, y rodearla de barreras que bastasen á resistir su impulso en el momento del peligro : con este objeto engrandecieron la Prusia , dieron unidad á la Alemania , formaron el reino de los Países-Bajos , aumentaron el poder del Rey de Cer-

deña , reuniendo á Génova bajo su cetro , y fortificaron el lazo federal de la Suiza: pero, amarrado ya el leon , las potencias del Norte extendieron su vista por una esfera mas dilatada y un horizonte mas ancho. Dejaron de considerar á la Francia para juzgar á la Europa: no temieron ya á la usurpacion sino á las revoluciones , porque su instinto les decia que debian ser mas funestas que las victorias de Napoleon las oleadas de los pueblos.

Desde entonces empieza la Diplomacia á pesar sistemáticamente sobre la Europa : su principal objeto fué ya sofocar en su cuna los principios , y mantener las sociedades amarradas á su yugo, despojándolas de su espontaneidad y su energía: y como su plan era inmenso , y su ejecucion debia encontrar obstáculos poderosos , los soberanos aliados, para estrechar más los vínculos de sus mútuas relaciones, se conviniéron en renovar en épocas determinadas, ya bajo sus inmediatos auspicios, ó por medio de sus ministros respectivos , «reuniones consagradas á los grandes intereses comunes, y al examen de las medidas que en cada una de estas épocas se considerasen como mas saludables *para el reposo*

y prosperidad de los pueblos , y para la conservacion de la paz en Europa.⁹ Este tratado manifiesta bien su sistema y caracteriza todas sus *precepciones* : los *congresos* que se han tenido despues no han sido más que el cumplimiento de esta estipulacion y el desenvolvimiento progresivo de todas sus consecuencias.

El primero fué el de Aquisgran : el rey de Prusia y los emperadores de Austria y de Rusia asistieron á él : y dignándose mirar con ojos compasivos á la Francia regida por los Borbones , hicieron una señal á sus ejércitos para que despejasen sus fronteras, declarando fenecido el tiempo de la ocupacion. Luis XVIII fué invitado á asociarse á la Santa Alianza , y , como caballero y agradecido , se sentó en el banquete de los conjurados. Desde entonces la Francia ha sido un satélite de la Rusia , y el gabinete de las Tullerías fué absorbido en el de Petersburgo. Las cinco grandes potencias, hermanadas entre sí, declararon ante la faz de la Europa su firme resolucion de no abandonar los principios que las dirigian , y de reunirse con frecuencia para arreglar sus intereses y estrechar más sus lazos. Pero, como estas protestas habiau

ya sido oídas por la Europa, las potencias aliadas dieron un paso más en su carrera, anunciando que sus reuniones podrian tambien tener por objeto arreglar los intereses de otros estados, siempre que reclamasen estos su poderosa intervencion.

Su política se manifestó sin velos, y la Santa Alianza borró de entre los derechos de la humanidad la independendia de las naciones: su intervencion no debia verificarse sin ser reclamada por los estados que necesitaban de su apoyo, pero los estados para la Diplomacia no son los pueblos sino los reyes que los dirigen ó los esclavizan; y desde el momento en que esta declaracion salió del augusto congreso para recorrer la Europa, todos los tiranos se encontraron ya seguros, y todos los pueblos condenados á la horfandad y á las cadenas. Pero la hija de los reyes les enseñó el camino que conduce á la victoria: una alianza de tigres les enseñó como podia formarse una alianza de hermanos. La superficie de las sociedades empezó á ser borrascosa, porque en su seno se abrigaba el gérmen de violentas convulsiones; y el rayo asolador de que estaba cargada la nube no tardó en desprenderse para iluminar la

hora de la venganza , y convertir en cenizas el pavimento que sustentaba á los reyes.

España desenterró el estandarte que habia tremolado en Cádiz , que , libre é independiente , habia conservado en otros dias el depósito de la existencia nacional y el esplendor inmaculado de su gloria. Los estados de Alemania exigian de sus príncipes el cumplimiento de sus sagradas promesas : promesas por las cuales les aseguraron la libertad , cuando los pueblos á precio de su sangre les aseguraron sus vacilantes coronas. Los príncipes habian olvidado en el seno de la prosperidad las obligaciones contraidas en los dias de su infortunio : pero los pueblos no olvidaron sus gloriosos sacrificios , y en el silencio de la conspiracion se aguzaban los puñales que debian clavarse en el seno de los opresores de la libertad alemana.

El gran ejemplo dado por la nacion española no podia ser esteril , porque no era el efecto de un movimiento caprichoso que produce una ligera convulsion en los estados , sino la expresion de una necesidad sentida por todos , y satisfecha por algunos. El filósofo no explicará jamas una revolucion por el poder de una sorpresa , ni reconoce á la ca-

sualidad el derecho de dirigir los acontecimientos humanos. La revolucion, abismándose en la gloria y abandonando despues ostensiblemente la escena del mundo á la Santa Alianza , no habia renunciado ni á la existencia ni á la victoria, y se refugió en las entrañas de las sociedades para crecer en silencio : ella fué un hecho primitivo , pero no aislado en el seno de la humanidad , y debia producir nuevos hechos que desenvolvesen su principio de vida , y apareciesen espontáneamente en el dia señalado por la Providencia para su dominacion. La aurora de este dia habia ya brillado en el horizonte de España , y su luz se dilató como por encanto por otros paises, dispuestos tambien á saludarla, porque en la escuela del infortunio habian aprendido á conocerla , y entre los hierros que los oprimian la habian erigido un altar.

Las Dos-Sicilias despertaron de su letargo profundo, y pocas horas fueron bastante para que en Nápoles y en Palermo se diesen al viento los tres colores mágicos que treinta años antes habian electrizado á Paris. El Rey entrega las riendas del gobierno al duque de Calabria, que decreta «que la Constitucion del

reino de las Dos-Sicilias será la misma que la adoptada en España en 1812, salvo las modificaciones que la representacion nacional constitucionalmente convocada juzgase conveniente proponer para adaptarla á los estados de S. M.^ª El dia de la regeneracion habia llegado, y ningun soberano se encontró bastante poderoso para detener á la libertad en su vuelo y decirle: «Este pueblo es mio: no le pertenece.»—Un coronel de un regimiento, leyendo la Constitucion de las córtes en Oporto, basta para hacerla reinar en Portugal: á su voz se reunen las autoridades; nombran una junta directiva, y los gefes de la revolucion anuncian que la ley fundamental se halla restablecida en nombre de D. Juan VI, é invitan á todos á darse una Constitucion, «que su amado soberano no ha omitido darles hasta ahora sino porque habia ignorado sus deseos». Antes de dos meses el ejército constitucional ha vencido todas las resistencias, y el estandarte de la libertad naciente se despliega con orgullo sobre los muros de Lisboa.

Y la Grecia, sumergida en la abyeccion tanto tiempo, y la Grecia cuyas ruinas son mas grandes por sus recuerdos y mas solemnes por su inmovilidad que todas las existen-

cias brillantes que hoy decoran la escena del mundo, cuyas playas son tan armoniosas como la lira de Homero, cuyo polvo es sagrado, porque contiene las cenizas de los héroes; y la Grecia tambien comenzó á descifrar los caractéres en que estaban escritos sus anales, en los que solo se encuentran la palabra de libertad, la de heroismo y la de gloria. Ella protestó contra el silencio de los hombres: manifestó que su existencia aun no habia pasado, y que aun podia dar nuevo lustre con sus hechos á la dignidad humana; y como si la civilizacion, que derramó en otro tiempo por la tierra, hubiera de presidir siempre á su destino, el primer impulso hácia la independencia le recibió de una sociedad creada para extender en ella los beneficios de la educacion y de las luces (b); y el primer instrumento de su gloriosa emancipacion debia ser su mismo tirano (c). Mientras que en el antiguo continente la libertad triunfaba de to-

(b) La sociedad llamada de los *Heteristas*: su objeto era emancipar á la Grecia por medio de las ciencias y las artes, que en otro tiempo la colocaron al frente de todas las naciones.

(c) El bajá de Janina Ali Tebelen, despues de haber sacrificado á los griegos y haber derramado á tor-

dos los obstáculos que la opuso el oscurantismo , el nuevo mundo abrazaba su imágen con ardor , y rompía las cadenas que le sujetaban á la Europa , y con las que le habian ceñido sus bárbaros conquistadores. La emancipacion de los pueblos era completa , rápida y simultánea. Así, las combinaciones de la Diplomacia para asegurar la diadema en la frente de los reyes y la argolla en la cerviz de los pueblos , lejos de producir los resultados que esperaban sus autores , convirtieron en humo las ventajas que de ellas se prometian.

Empero, si los soberanos de Europa no podian reprimir la explosion del espíritu público que se manifestaba en todas partes, no por eso abandonaron los gabinetes el campo de batalla á la merced del vencedor, ni dejaron de seguir la linea de política que habian comenzado á trazarse en el congreso de Viena , que habian desenvuelto en el tratado de Paris en 1815 , en el de Aquisgran en 1818 , y rentes su sangre , tuvo que implorar su apoyo para resistir al sultan , que temeroso de su poder y envidioso de sus riquezas , habia jurado su exterminio. Allí entonces se puso al frente de la Grecia que empezó á conmoverse á su voz , porque sabia que debia conducirla á la libertad no pudiendo ya encadenarla. El monstruo pereció en la contienda en medio de su serrallo , pero la Grecia fué libre.

que debian completar en los demas congresos que el estado de Europa habia hecho necesarios.

Ya en 1819 la fermentacion de los estados alemanes, que exigian el cumplimiento de promesas tan solemnemente hechas como facilmente olvidadas , habia llamado la atencion del Austria y de la Prusia , que habian convocado un congreso en Carlsbad para discutir los medios de atacar el mal en su origen. Conociendo que la unidad es el elemento necesario de la fuerza , y la fuerza la condicion necesaria del poder , centralizaron la Alemania: el influjo de los estados desapareció ante la unidad poderosa de la Dieta, que solo tuvo desde entonces derecho para interpretar á su antojo el artículo 15 del acto federal que les prometia las asambleas populares , y la facultad mas terrible todavía de hacerse obedecer por medio de la fuerza armada en todos los estados de la Confederacion : y como su omnipotencia no debia tener otros límites que los que la trazase la salud de los tronos , se erigió á sí misma en tribunal supremo de censura , se revistió del derecho de inspeccionar las universidades , de sorprender en ellas el gér-

men de opiniones peligrosas , y concedió á todos los gobiernos la facultad de ejercer una censura previa sobre los periódicos que se escribiesen en sus estados respectivos. Los tiranos tienen tambien el instinto de su conservacion; y para vivir persiguen á los seres inteligentes en donde se reunen ó en donde se ejercitan. A tal punto habian subido á la sazón las pretensiones de las grandes potencias, que la Rusia rehusó acceder á lo resuelto en Carlsbad, á pesar de ser tan favorable á los tronos, porque no habia sido la obra exclusiva de la Santa Alianza , única investida con el cetro del mundo y el gobierno de los pueblos. La hija salvaje del norte , huésped en la civilizacion moderna , enseñaba ya al mediodia , que un principio no debe sacrificarse nunca á un resultado ventajoso, porque este pasa, y solo aquel no perece.

Las resoluciones de Carlsbad no debian ser sino los preliminares del congreso que se reunió en Viena para tratar de los asuntos de Alemania : en él se resolvió que solo la Dieta (es decir, la Prusia y el Austria) interpretaria todas las dudas del pacto federal. Absurdo espantoso, que sujetaba á un poder nacido de aquel pacto , el pacto mis-

mo que le habia dado la existencia. La Dieta, que era la única revestida con el poder de interpretar y decidir, era tambien la única que tenia el derecho de encargar á un estado de la Confederacion el cumplimiento por medio de la fuerza de todas sus deliberaciones. El legislador y el verdugo debian ser una misma persona. Así, el hacha estaba bajo la tutela de las leyes; pero los legisladores olvidaban que las leyes estaban tambien cubiertas con la sangre de la víctima. En cuanto al artículo 13 del mismo acto federal, se decidió que las Constituciones existentes no podrian variarse sino por medios constitucionales; pero los que á su antojo podian decidir los principios ¿no podrian juzgar tambien de la legalidad de los medios? Sin embargo, esta era una garantía de libertad que no podia existir sin numerosas restricciones. Los plenipotenciarios reunidos declararon que la soberanía debia permanecer íntegra en los príncipes, excepto en el ejercicio de derechos determinados que en nada podrian perjudicar sus deberes respecto á la confederacion: en fin, el derecho de censura y espionaje concedido á los gobiernos les aseguraba un porvenir exento de tem-

pestades que amenazaran su existencia.

Pero como el espíritu de libertad no habia aparecido solamente en Alemania sino que se extendia triunfante por la Europa , era llegado el tiempo para los gabinetes de realizar sus teorías, ó de perecer en tan deshecha borrasca. La necesidad de un nuevo congreso fué evidente para todos los soberanos del norte, que, reunidos en Troppau para abrir las conferencias preliminares, decidieron en 15 de octubre invitar al Rey de las dos Sicilias á que se reuniese con ellos en Laybach, en donde debia verificarse el nuevo congreso, para juzgar su obra y examinar su conducta. La historia no ofrece ejemplo de un tribunal semejante : la filosofia buscará en vano en la region de las ideas el tipo posible de esta creacion absurda y monstruosa, que en su repugnante desnudez ni aun se cubre con la mas ligera apariencia de la verdad ó la justicia. El primer rayo de la Diplomacia ha caido, y, lo que es más, ha caido sobre la sien ungida de los Reyes: ya no podia ser dudosa la suerte de los pueblos. Los tres monarcas deciden 'que así como la alianza que las convenciones de 1814, 1815 y 1818 habiau consolidado, habia libertado al continente eu-

ropeo de la tiranía militar, de la misma manera debia poner un freno á la nueva dominacion del levantamiento y del crimen: y que las potencias ejercen un derecho incontestable, tomando de comun acuerdo medidas de seguridad contra los estados en los cuales la destruccion del gobierno conducia al menoscabo de todas las constituciones y de los gobiernos legítimos.⁹ La Francia, por un resto de pudor, no se asoció á este crimen, que sin embargo dejó pasar sin una protesta pública. La Gran-Bretaña, mas independiente en sus movimientos, y mas ligada por los principios vitales de su Constitucion, protestó ante la faz de la Europa contra el nuevo derecho público sancionado por las potencias aliadas: pero mientras que protestaba por medio de una circular dirigida á sus agentes en las cortes extrangeras, animaba á la corte de Viena contra su desolada victima. Todos fueron conspiradores en aquel drama nefando: todos recibirán la maldicion de la historia. Al fin, el Rey de las Dos-Sicilias se presenta en Laybach: desde allí anuncia á su hijo el duque de Calabria, regente del reino, que la guerra es inminente si no se destruye la Constitucion; y poco despues los

enviados del norte le aseguran que su augusto padre ha prometido destruirla, y que las potencias no le conceden la paz sino en cambio de la violacion de sus juramentos, y permitiendo que un ejército de ocupacion hollase las fronteras de un país que él gobernaba para mantenerle libre, y conservarle independiente. Las potencias aliadas no tardaron en realizar sus proyectos, porque la amenaza que pronunciaban sus labios era fiel intérprete del odio que se abrigaba en su corazón: y la espada del bárbaro extranjero brilló con una luz siniestra en la voluptuosa Capua y en la magnífica Nápoles.

Mientras que el emperador de Austria tomaba á su cargo la destruccion de la libertad naciente en las Dos-Sicilias, el autócrata de todas las Rusias tomaba la iniciativa en los asuntos de España. En este tiempo los reyes habian ya perdido el pudor, que á veces suele cubrir la fealdad del crimen y la vergüenza de la ignominia con un velo dudoso, cuando ya ha desaparecido la virtud. Hubo un tiempo (y este tiempo no le habian visto pasar antiguas generaciones) en que las dinastías que ocupaban los tronos de la Europa hundian su frente en el polvo al levantarse la

voz del hombre nuevo que la providencia habia destinado á ser su azote , y á fabricar con sus manos colosales una generacion viril sobre los escombros de una sociedad raquítica y degradada. La hora de la disolucion del mundo antiguo sonó en todas las naciones , y sus ojos le vieron desplomarse pieza á pieza. Como en el último periodo del imperio de occidente, los restos de las artes que decoraban la Italia fueron trofeos del vencedor , el gefe de la Iglesia ungia sus sienes augustas , los pueblos se prosternaban á sus pies, y el heredero de los emperadores compraba el permiso de arrastrar en el lodo una existencia imbécil , cediéndole la mitad del lecho de su hija. Entonces fué un espectáculo magnífico y maravilloso de ver el levantamiento de la nacion española , que, en nombre de la independencia del mundo, sostenia al sol antiguo que caminaba á su ocaso , y oscurecia con su sombra al nuevo sol que inflamaba el horizonte. Entonces todos los reyes aplaudieron con aplauso á esta nacion magnánima: entónces sus hijos eran mirados con acatamiento por los extranjeros , que, emancipados por sus manos , veian grabado en su frente el sello del honor. Entonces el empe-

rador de Rusia reconoció la legitimidad de la asamblea reunida en Cádiz y la Constitución sancionada por ella. ¿Quién diría sino que el momento de la reconciliación de los reyes con las instituciones era ya llegado, puesto que reconocían su legitimidad y aceptaban su principio? ¡Vana ilusión! cuando la victoria conseguida por los aliados cambió las ásperas contiendas en una paz bonancible, dió treguas á la zozobra de los reyes y á las fatigas de los pueblos; el mundo vió con admiración, que los primeros sin haber perdido nada lo habían ganado todo, y que los segundos á precio de su sangre habían comprado . . . una cadena.

El emperador de Rusia, que en 1812 había reconocido como legítima la Constitución de Cádiz, en 1820 la consideraba ya como la obra del crimen, que debía conducir á la nación española á la desorganización y al caos; y proponía á las potencias aliadas que declarasen de comun acuerdo á la corte de Madrid que el reconocimiento del nuevo orden de cosas no podía verificarse sin que las Cortes reprobasen á la faz del mundo los medios empleados para cambiar la forma del gobierno: es decir, su legitimidad y el prin-

cipio mismo de su existencia. Así un tirano extranjero condenaba á una nacion independiente y libre al suicidio y á la ignominia , ó á una muerte segura en una contienda desigual , y sin peligro como sin gloria para el que la provocaba. El Austria se opuso á esta declaracion, no por amiga de nuestra libertad , sino por temor de que la Francia aumentase en la Península su influencia siempre peligrosa para el norte. La Inglaterra la desaprobo tambien, porque su sistema no es vencer por medio de la victoria, sino por medio de la desorganizacion , á los estados á quienes asesta sus tiros. La Francia establece en los Pirineos su cordon sanitario , y da á los facciosos todo el apoyo moral de una nacion poderosa , acostumbrada en otro tiempo á dar leyes al mundo , y humillada ahora hasta el extremo de conspirar contra una nacion vecina.

Sin embargo , la Francia no podia nada contra nosotros sin el apoyo de los reyes, porque no tenia una voluntad propia é independiente, que es la que constituye la individualidad moral de las naciones : ella estaba pronta á herir, y su víctima señalada ; pero necesitaba una señal de aprobacion de Petersbur-

go ó de Viena : esta señal de muerte no podía hacerse esperar largo tiempo , y debía darse en Verona , en donde un nuevo congreso se reunía para declarar fuera de la ley á esta nacion sin ventura.

Villele dirigia á la sazón en Francia las riendas del gobierno. Un filósofo podría deducir el estado de abatimiento á que aquella nacion habia llegado , del carácter personal del hombre que formaba su destino. Su alma de lodo jamas pudo elevarse á un pensamiento sublime ni á una síntesis fecunda. La sociedad para él era un gran establecimiento industrial; los hombres en su sistema eran las máquinas que le movían ; el legislador un empresario ocupado en calcular la pérdida y la ganancia , y la oscilación de la bolsa el faro polar que iluminaba su carrera. Hábil , porque la habilidad es el patrimonio de todos los que la buscan , despreciador del genio porque le ofuscaba en su pequeñez y le creía estéril , no tenía mas medios para gobernar una gran nacion que la destreza. Él creía verlo todo ; y con su vista miope no alcanzaba á divisar la gran sombra de la revolución que se dibujaba ya en el porvenir , y que debía envolver en una noche eterna un

trono minado y una dinastía perjura , que él creía sostener en sus hombros de pigmeo. Su nombre , sin embargo , se salvará del olvido , porque está asociado á una catástrofe terrible.

Con respecto á España , su sistema era pedir el permiso para invadirla á las potencias del norte , y parecer sin embargo independiente : posicion difícil que él mismo se creaba para luchar con una dificultad y vencerla , si no con la fuerza de un gigante , por medio de la intriga de un eunuco. El vizconde de Montmorency fué el encargado de cumplir sus intenciones en el congreso de Verona : pero no era este el hombre que debia penetrar sus tortuosas miras , ni llevar á cabo comision tan delicada. Metternich , que no tardó en comprenderla y que dirigia el congreso , le ofreció la cooperacion de los aliados , cuando Villele solo pedia su permiso. Montmorency dejó entonces la silla , y Chateaubriand le sucedió en el ministerio.

Entre tanto las tres potencias del norte , decididas á no abandonar á la Francia sola esta nacion moribunda , se apresuran á declarar á la corte de Madrid que su amistad y la Constitucion eran incompatibles , y que solo

restableciendo al Rey en la plenitud de sus derechos podria conquistar su gracia y anudar sus relaciones. Villele , siguiendo su sistema mientras que aplaudia en secreto á la tempestad que se formaba en el norte , se negó á asociarse á esta determinacion que colocaba á la Francia en segundo término del cuadro , y que reducía á la nulidad su independencia política , haciéndole aparecer como instrumento de la voluntad ajena. Villele continuó su sistema hasta el resultado final de sus combinaciones : así, lo ridículo y lo extravagante debían unirse á lo horrible con un lazo monstruoso en esta obra de maldicion , en que solo la víctima representaba á la inocencia , y podía clavar sin rubor los ojos en el cielo. Las potencias aliadas retiraron de Madrid á sus embajadores : y la Francia , para que no se creyera un instrumento colocado en la mano de los reyes, no retiró el suyo sino despues, para ser vista de la Europa , que no reconoció en ella sino á un Seide del fanatismo , afilando el puñal y aparejándose para perpetrar el crimen. La hora de su perpretacion habia llegado : y el augusto monarca que ceñía una corona condenada ya por el destino , anunció á los pa-

res y á los diputados del reino que «cien mil franceses mandados por un príncipe de su familia estaban prontos á marchar invocando al Dios de S. Luis, para conservar el trono de España á un nieto de Enrique IV.» En vano Foy, Royer-Collard y Manuel elevaron una voz elocuentemente lúgubre, présaga del huracan que ya bramaba á lo léjos: en vano rechazaron con una indignacion sublime esa guerra sacrilega, escándalo de la civilizacion y afrenta de la Francia, en que una derrota debia cubrirla de oprobio, y una victoria de ignominia: sus palabras fueron dadas al viento; porque cuando Dios quiere castigar á los reyes los embriaga, y cuando quiere aniquilarlos los ciega. Todos los caminos les conducen entonces á la muerte.

Los cien mil hijos de S. Luis pasan el Bidasoa: la traicion siembra de flores su camino, ya que la Providencia, negándoles la lucha que hace glorioso el vencimiento, no quiso que la victoria, cómplice de su crimen, los ciñese con laureles. Entretanto el Congreso nacional, que todo lo veia perdido menos el honor, caminó tristemente hácia la ciudad famosa que habia sido la cuna y que iba á ser el sepulcro de la libertad de Espa-

ña. Solo Cádiz podía servirla de tumba , porque solo allí no debía ser insultada su memoria por los vándalos que recogieron su herencia, y solo allí podía reclinar su frente al abrigo de sus gloriosos recuerdos. Los padres de la patria en aquella crisis terrible no dejaron de cumplir ni un solo instante con sus mas sagrados deberes , y solo dejaron sus sillas para ennoblecerse con la proscripción , vigorizarse con el infortunio , y santificar con su presencia las cárceles manchadas antes con el crimen (d).

Entretanto la Grecia prolongaba su glo-

(d) La Constitución de Cádiz es un problema que está todavía por resolver , si se atiende á la diversidad de pareceres de que es objeto , y á las pasiones que aun concita. Debe ocupar ciertamente un rango distinguido entre las instituciones humanas la que es suficientemente poderosa para excitar cuando ya no existe tantas esperanzas, aunque sean quiméricas , y tantos temores, aunque aparezcan infundados , porque solo las ideas grandes y generosas pueden dominar las masas , ora obedezcan á su dirección , ó ya resistan á su impulso. Pero las reacciones políticas que todo lo secan , que conducen á las sociedades á un seguro naufragio , y que cubren siempre á la verdad con un velo que la desfigura y la empaña , han impedido que hasta ahora se haya juzgado á la Constitución con la imparcialidad de la historia. Unos , ciegos adoradores de los principios que la sirven de base , la tienen siempre presente en su cora-

riosa lucha y crecía á la sombra de las disensiones de los tiranos del norte. Ella ha sido

zon y en sus recuerdos , como en los altares de las divinidades antiguas brillaba sin apagarse jamas el fuego sagrado de Vesta : ella es su porvenir y su esperanza, y sus ojos la miran como el tipo de la perfeccion , y como el mas firme fundamento de nuestra regeneracion política ; otros la consideran como el gérmen fecundo de espantosas tempestades , de convulsiones violentas , y como el anuncio fatidico de que es llegada la hora de la disolucion , y de que se avanza el caos para envolvernos en su noche. El autor de estas consideraciones no pertenece á ningun partido , y habiendo nacido demasiado tarde para tener agravios que vengar ó pasiones que satisfacer , puede considerar á la Constitucion como un monumento de gloria sin que le ofusque su brillo, apreciando sus defectos sin exagerar sus errores. Mi corazon no simpatizará jamas con los que la desprecian, pero mi conciencia no me permite quemar incienso en sus altares.

Las Constituciones son las formas con que se revisten las sociedades en los distintos periodos de su historia y su existencia ; y como las formas no existen por sí mismas , no tienen una belleza que las sea propia, ni pueden ser consideradas sino como la expresion de las necesidades de los pueblos que las reciben. No hay una Constitucion esencialmente buena , porque no hay una forma que convenga igualmente á todas las sociedades : y no hay una Constitucion esencialmente mala porque no hay forma ninguna que no pueda representar , en un periodo dado , las necesidades actuales de un pais. Las Constituciones, pues, no deben examinarse en sí mismas, sino en su relacion con las sociedades que las adoptan.

objeto de muchas transacciones diplomáticas que no son de este lugar, porque no tienen

Si la razón nos dicta esta verdad, la historia nos enseña que las sociedades tienden siempre de suyo á revestirse de la forma que les es propia, y á darse la Constitución que necesitan para reposarse en un todo armonioso y consistente: así se observa, que cuando los pueblos no rayan todavía en la civilización, y viven sin vínculos comunes, carecen de una Constitución fija y de una forma estable. ¿Ni cómo pudiera ser de otra manera? No existiendo la sociedad de un modo determinado, no puede tampoco adoptar una forma fija, ni encerrarse en un cuadro que la comprima ó la limite. Por eso los que buscan una Constitución en los bosques de la antigua Alemania, y aun en el primer periodo de los siglos bárbaros, no saben que buscan un absurdo, y que encontrarán una quimera: ellos buscan la forma de la sociedad, y no saben que la sociedad no existe. Pero llega un tiempo en que en el seno de esas hordas flotantes se eleva un hombre, una clase, ó una familia, que, alcanzando mas poder que los demas, se constituye en centro de vida que llama hácia si todas las fuerzas existentes y la imprime una misma dirección. Entonces este nuevo poder obra de cierta manera determinada, á que obedece toda la sociedad: esta manera es su forma: esta forma es su Constitución: y esta Constitución es necesaria, y porque es necesaria es buena. Esto no quiere decir que el hecho primitivo que las sirve de base, ó de otro modo, que el poder que domina á la sociedad, sea beneficioso para los asociados; pero si no lo es, el mal no está en la Constitución, sino en el pueblo que la adopta, y su remedio no se encuentra en una revolución política, sino en una revolución so-

un carácter político. La Rusia abrazó su causa con ardor , porque su levantamiento abría

cial : verificada esta , la antigua forma, dejando de ser necesaria , caducará de suyo, y ocupará su lugar otra nueva conforme con las necesidades de la sociedad regenerada. Esto supuesto , la Constitucion de Cádiz solo debe examinarse en sus relaciones con el estado de la sociedad al tiempo de su aparicion en la escena del mundo.

Napoleon invade nuestras provincias , y el trono de España desaparece , dejando á esta nacion huérfana y entregada á la merced del extranjero. Los vinculos sociales habian dejado de existir ; y como la desigualdad de las condiciones no tiene otro origen , habia naufragado con ellos. Pero si el ciudadano no tenia interes en conservar una sociedad que no existia , el hombre no pudo olvidar la profanacion de sus hogares , á donde se refugia siempre como en lo íntimo de la conciencia el sentimiento de la dignidad humana. Un grito de indignacion , présago de la victoria , se elevó entonces en todos los ángulos de esta despedazada monarquía. La nacionalidad encontró un defensor en cada hombre : la venganza un instrumento en cada brazo : la independencia un baluarte en cada pecho. Todo español fué soldado , y toda la Península un campo de batalla. Las consecuencias de esta situacion social son fáciles de conocerse. Absorvidos todos los intereses particulares en un interes comun , desaparecieron todas las diferencias, y se formó una unidad armónica y compacta, que debia ser irresistible por el concierto de todas las voluntades : la escala social , en donde se anudan independientes unas de otras todas las clases que constituyen el Estado, desapareció con la ausencia del trono , que formaba su primer eslabon , y con la presencia de un peligro inminen-

una larga brecha en el decrepito imperio de Constantinopla , canal abierto á su ambicion

te , que las obligó á confundirse reconcentrándose en un solo punto. El sacerdote, que inspirado por la religion elevaba su voz augusta para proclamar la santidad de la independencia , no tenia un interes diferente del que postrado á sus pies elevaba sus ojos al cielo pidiéndole una patria ; y el magnate , que volaba á combatir para aumentar la gloria que habia heredado de sus ilustres antecesores , no se creía superior al que, dejando la esteva , regaba los campos con su sangre , condenándose á una muerte oscura con una abnegacion sublime. Un peligro comun habia abatido todas las eminencias : un esfuerzo comun dió á todos un mismo nivel, y los elevó á la misma altura.

Tal era la nacion que las Córtes de 1812 debian constituir. Toda ella era pueblo , y todas las clases habian ido á perderse en él como los arroyos en el mar. Hecho , que dominando á la sazón en la sociedad española , debia dominar tambien en el Código que sus mandatarios preparaban. El principio democrático dominó, y no pudo ménos de dominar en la Constitucion de Cádiz, porque dominaba, y no podia ménos de dominar en la nacion española. Los que piensan que las Constituciones se encuentran formadas en los libros de los filósofos como las recetas en los de los médicos , echarán de menos en la del año 12 el equilibrio de poderes que se ha hecho un lugar comun entre todos los aprendices de la política , que solo estudian á la Inglaterra en vez de estudiar á su pais , olvidando siempre que la espontaneidad es el hecho dominante en aquella Isla privilegiada , y que esa misma espontaneidad en las instituciones hace imposible su trasplatacion á pueblos que obedez-

desde el tiempo de Catalina II. La Francia y la Inglaterra la tendieron sus brazos para que

cen á otras influencias. El carácter dominante de la sociedad inglesa en todos los periodos de su historia ha sido la existencia en grupos y fracciones, á quienes la lucha ha conducido á la transaccion, y la transaccion al equilibrio. El hecho dominante de la sociedad española, en el periodo que acabo de recorrer, era la absorcion de todos los poderes en la unidad robusta que derrocó al tirano. ¿Debian sus legisladores elevar á rango de poder constituyente un hecho que no existia en la sociedad? ¿Debian establecer una cámara de grandes en una nacion en donde las circunstancias lo habian nivelado todo, en donde no habia un solo hombre que se creyera pequeño, y en donde el límite de la altura era el alcance de la espada? Tambien se echará de menos en la Constitucion de Cádiz la plenitud de la facultad real, necesaria para constituir una monarquía: pero es preciso no olvidarse de que el trono estaba entonces vacío, y de que la monarquía no era un poder sino un recuerdo. Las Cortes no se habian reunido para crear hechos, sino para armonizar los existentes: y un rey cautivo, que esperaba de la nacion su libertad, no podia ser constituido en poder, sin destruir las relaciones necesarias de las cosas, que exigen siempre que el tutor disponga y el pupilo cumpla, que el protector haga la ley, y que la obedezca el que necesita de su amparo: los tronos mismos no tienen otra legitimidad, ni reconocen otro origen.

Pero si la Constitucion de Cádiz fué lo que debió ser, es decir, apropiada á las circunstancias y á la existencia social de la nacion española, ella debió desaparecer cuando aquellas circunstancias pasaron, y esta existencia

la Rusia no se vistiese los despojos dejados en el campo de batalla. Así nació ese protec-

te modificó de una manera diferente: por eso cuando el rey subió al trono, y de recuerdo se convirtió en hecho, y en hecho poderoso é influyente, la Constitución de Cádiz dejó de existir, trasladando á sus manos el poder. Salvada entonces la independencia nacional y restablecido el curso ordinario de las cosas, los intereses exclusivos y los cuerpos privilegiados comenzaron á separarse de los intereses comunes y de la masa de la nación, rompiéndose así la unidad formidable que habia dado el ser al código de Cádiz: desde entonces estos intereses empezaron á ser hostiles entre sí; y no era difícil prever que conducirían á la nación á violentas convulsiones. El trono, á cuyo rededor estaban agrupados todos los que buscaban víctimas en quienes vengar su pasado abatimiento, tomó la iniciativa de una marcha reaccionaria y tortuosa: los hombres, que con sus nobles y generosos esfuerzos pugnaron por constituir á la nación de una manera conforme á sus necesidades, se vieron condenados á arrastrar una existencia precaria, atormentada con la miseria en el recinto de oscuros calabozos. El trono no sabia que de la Constitución de Cádiz se habia escapado un gérmen de libertad que se difundia rápidamente por todas las clases del estado: á haberlo sabido, hubiera usado de la victoria con moderacion, y, transigiendo con la libertad, la hubiera dado una forma compatible con su existencia, afirmando sus cimientos. La causa de todos los males que han pesado sobre nuestra patria ha sido que ni el pueblo ni el trono han sabido transigir: que cada uno de ellos ha obrado como si el otro no existiera, fluctuando constantemente la nación entre la soberanía popular y el derecho divino;

torado impuro, en su origen, y tal vez funesto en sus consecuencias. Un cetro y una corona

pero es preciso confesar que el trono fué el primero en comenzar la lucha, dando el ejemplo de la proscripción que debia conducirle á su ruina.

Si el trono no supo usar de la victoria, el pueblo desconoció tambien el modo de asegurarla al abrigo de nuevas tempestades. La libertad triunfante en 1820 pudo echar hondas raices en el suelo español, si los hombres que la proclamaron hubieran sabido medir la distancia que separaba á la sociedad de entonces, de la sociedad que conocieron cuando apareció la Constitucion de Cádiz. En 1812 el entusiasmo eléctrico, producido por el amor á la independencia amenazada, habia formado aquella unidad terrible y vigorosa que era el hecho dominante entonces, y que absorvia en sí á todos los que debian despues combatirle: el trono era un recuerdo en la sociedad como en los corazones, y las clases privilegiadas dormían en el silencio del olvido. En 1820 estas mismas clases, pasado el huracan, habian sacudido el polvo, y se ostentaban ufanas al sol del mediodia: el espíritu de nacionalidad era solo un recuerdo de gloria; y el trono un hecho absorbente y formidable. La libertad no podia revestir las mismas formas en dos sociedades tan contrarias; y la Constitucion del año 12 adoptada en 1820 fué un anacronismo moral, que debia robar un porvenir á la libertad que nacia. Establecida pacífica y espontáneamente en la primera época, no podia dominar en la segunda sino por medio de la fuerza, ni sostenerse sino por medio de una lucha encarnizada. Teniendo por base un solo hecho y un principio absoluto, la victoria misma no podia darla la existencia si no arrojaba de la sociedad.

han nacido de él. ¿Podrán jamas aclimatarse en la patria de Focion y Filopemen? Los tro-

los demas hechos, y si no sofocaba los otros principios, suprimiendo así todos los obstáculos opuestos á su dominacion. En este combate de muerte fué vencida; y la libertad tuvo que arrastrar segunda vez largos lutos, víctima de grandes errores y de agenos extravíos. La Constitucion de Cádiz hubiera podido durar largo tiempo á pesar de sus errores, si cien mil bayonetas no se hubieran arrojado en la dudosa balanza; pero no olvidemos que su existencia solo se hubiera debido al amor de la libertad que inflamaba á todos los españoles: si á la libertad que ella encerraba en su seno hubiera reunido una forma mas conveniente al estado social de la nacion, ella hubiera existido á pesar de los cien mil hijos de S. Luis que la sofocaron en su cuna. Un pueblo que no hubiera querido ser libre, no hubiera sufrido un instante una Constitucion tan democrática; pero un pueblo que queria la libertad, no la hubiera abandonado á la merced de cien mil extranjeros, si los vicios de su Constitucion no la hubieran inoculado un principio seguro de muerte.

Yo no concluiré esta nota sin decir algo sobre los partidos que aun se agitan en España con motivo de la Constitucion de Cádiz. Los hombres que la predicán como el único puerto de salvacion en la borrasca que corremos, ó son necios, porque no la comprenden, ó malvados, porque la adoptan como elemento destructor. Los que la desprecian son pedantes. Los que la adoran como un recuerdo, pero sin aspirar á constituirla en poder, son almas cándidas y generosas, á quienes es lícito reposarse en el bello día de su aparicion, y en el prestigio que tantas flores derramó sobre su cuna.

nos no tienen allí raíces, y un principio republicano duerme tal vez en el seno de aquellas grandes ruínas.

Así la Diplomacia, excediendo en todas partes y en todas ocasiones sus límites trazados por el derecho inter-nacional, invadió la política interior, para cuyo arreglo no había recibido misión de las partes contendientes. Debiendo su origen al poder real, no podía juzgar á los pueblos sino en virtud del derecho de la fuerza: arrastrada hasta las últimas consecuencias de este principio de los siglos bárbaros, que ella debió destruir, la Diplomacia, como todas las instituciones que llegan á ser tiránicas, dejó de existir como medio, y se constituyó en poder, y (lo que es más) en poder constituyente.

Poder arbitrario, colosal, que la Providencia ha concedido solo á la justicia que no puede abusar de él, y que las circunstancias depositan como un hecho en el mas fuerte,

Entre todos estos hombres se levanta el filósofo, que la considera como un hecho imposible en la sociedad, pero glorioso en nuestros anales, y que allí la respeta y la admira, como un monumento magnífico de libertad, de independencia y de gloria.

cuando las sociedades, próximas á perecer, no pueden salvar su existencia sino por medio de una tiranía terrible aunque momentánea. Mas el poder constituyente, elevado á derecho, reducido á sistema, y ejercido por individuos que ni le habían recibido de la justicia ni de la sociedad, es un hecho monstruoso, arrojado en medio de una civilización rica, fecunda y humana, como la cabeza de Medusa en la sala de un festin. Pero está escrito que así como no hay derecho contra el derecho, hay fuerza contra la fuerza; y entonces la segunda, que sirve para repeler á la primera, es un instrumento de la justicia, porque su objeto es destruir el obstáculo que se opuso á ella, por los mismos medios con que se creó, que son los únicos que la naturaleza la ofrece.

Como un principio falso es tan fecundo en aberraciones, la Diplomacia no se contentó con dictar sus leyes á la sociedad, proclamando el principio de que los reyes lo son todo, y que los pueblos no son nada; sino que, trasladando al derecho público y social las disposiciones del derecho privado, inventó una especie de minoría para las naciones pequeñas, y revistió de una especie de tute-

la tiránica á las grandes. En virtud de este principio, que la Diplomacia no se ha atrevido á proclamar, pero que puede formular el filósofo, las naciones pequeñas se han visto despojadas del derecho de constituirse, derecho que pasó á las potencias de primer órden: es decir, á media docena de individuos encargados por ellas de constituir á las menores, segun los intereses de las que estaban en posesion de su tutela. Decepcion infame, que no puede concebirse sino en una sociedad á quien la civilizacion solo ha conducido al sofisma, el desenvolvimiento de la inteligencia á una decrepitud prematura é imbécil, y que está condenada á arrastrar una existencia sin dignidad y sin gloria. Los siglos de barbarie, si estan oscurecidos por costumbres atroces, á lo menos esas costumbres eran fecundas, porque sirvieron de base á la civilizacion: si estaban manchados con crímenes horribles, esos crímenes entristecian, pero no degradaban á la humanidad, porque estaban acompañados de una abnegacion generosa, y porque nacian del principio, si se quiere exagerado, pero siempre vivificador, de la libertad del hombre.

Se ha dicho que el triunfo de la civiliza-

cion consiste en que los tratados arreglen las diferencias que solo se arreglaron antes con la espada : yo mismo he probado esta verdad ; pero cuando los tratados exceden los límites que su naturaleza les impuso , cuando los hacen personas sin mision , cuando las sociedades se someten á su imperio ; la civilizacion ha perecido. Su triunfo es el de la humanidad : la humanidad puede triunfar en las guerras civiles , en medio de las convulsiones y de las tempestades , que si son testigos de sus extravíos , lo son tambien de su existencia. Pero cuando la humanidad sufre que se realicen acontecimientos que no son la obra de su voluntad , y sistemas que no nacen de su inteligencia , la humanidad no triunfa , se suicida. Así , la Diplomacia , hija de la civilizacion , la conduce con la sociedad á la muerte , si la sociedad y la civilizacion no vuelven á trazarla , con una mano poderosa , los límites que ha traspasado con sus continuas invasiones.

Hubo un momento en que los límites pudieron ser trazados , este momento fué el de la revolucion de julio : revolucion inmensa , poderosa , que debió presidir á la regeneracion del mundo , y que vencida por la Di-

plomacia, merced á su generosidad y mansedumbre, se está devorando á sí misma, por no haber tenido la conciencia de su poder, y el sentimiento de su fuerza.

Si el carácter de las naciones puede conocerse por los resultados generales de su existencia política y social, y si en su carácter debe estudiarse su misión, jamás pueblo ninguno pudo desconocer menos la suya que el de Francia, cuya identidad consigo mismo es el hecho mas evidente de su historia. Cuando la sociedad moderna aun no existía, cuando el suelo de la Europa, en vez de estar poblado de naciones, estaba cubierto de tiendas eternamente flotantes, que aparecían y desaparecían con las generaciones que se abrigan en ellas, las tribus de los conquistadores, y los fragmentos de las provincias conquistadas pugnaban por constituirse, y buscaban en vano para ello la unidad que pereció en el naufragio de Roma. En medio de este caos espantoso se vió aparecer en las Galias un hombre gigante, que constituyó un imperio, y resolvió el problema. Carlomagno encontró la unidad que la Europa necesitaba, y rechazando la invasión germánica del norte, y la invasión árabe del

mediodia , constituyó la sociedad franco-romana, una , compacta y poderosa , y procuró el reposo á las demas para que se constituyeran. Su imperio se desmembró cuando estuvo confiado á la debilidad de sus imbéciles descendientes ; pero el problema estaba ya resuelto , y el camino trazado para la sociedad que comenzaba á bosquejarse : y aunque la unidad establecida por él fué pasajera , aseguró al mediodia su porvenir, haciendo imposible nuevas invasiones peligrosas.

De este hecho primitivo de la historia de Francia resulta: 1.º que esta nacion fué la primera en conocer la necesidad del mediodia de Europa : 2.º que fué la primera en encontrar el medio de satisfacerla: 3.º que habiendo sido la que defendió al mediodia de las invasiones que le amenazaban , se colocó naturalmente al frente de esta parte del mundo en la carrera de la civilizacion : y 4.º en fin, que su carácter, despojado del espíritu de localidad , se manifestaba ya revestido de una tendencia generalizadora y expansiva que explica su mision , y que nos revela su destino. Cuando las luces renacieron en Europa , los principios filosóficos, encontrados por la civilizacion italiana , inglesa y

alemana , tuvieron que pasar por él para generalizarse y dominar. Cuando los reyes llegaron á la cumbre de su poder y de su gloria , la monarquía francesa era la mas sólida y compacta , y , expresando mejor que cualquiera otra las necesidades de su siglo , fué conducida á la dominacion. Cuando el movimiento filosófico social hubo llegado á su apogéo , cuando en todos los ánimos se arraigó la idea de la necesidad de una revolucion inminente , pero sin tener la conciencia de cual debia ser el carácter, la marcha y el objeto de esta revolucion , la Francia tomó la iniciativa ; y revelando su secreto á las naciones se levantó con una fuerza convulsiva, y sobre los escombros de los tiempos pasados escribió los derechos imprescriptibles del hombre, con la sangre de los reyes ; y cuando la libertad y la anarquía fueron abismadas en el seno de la gloria , Bonaparte continuó en el mundo la revolucion de Francia.

Su carácter se ha desmentido solamente en la revolucion de julio ; y como es imposible concebir que un pueblo renuncie de repente su tendencia, sin que un hecho poderoso no le haya modificado , este hecho exis-

te , y es la Diplomacia : ella dictó sus leyes al gabinete de las Tullerías , y le garantizó su existencia con sus combinaciones . La posteridad las pesará en su balanza ; pero como hay ya algunos hechos concluidos , nosotros podemos juzgarlos con el carácter que se presentan .

Puesto que el principio expansivo y generalizador existe en la humanidad , este principio debe estar representado ; y no estándolo ya en el mediodía , se ha refugiado al norte que se presenta como invasor por todas partes . La Polonia fué su primera víctima . Los estados de Alemania , la Italia , la Suiza y el oriente se encuentran amenazados por sus armas . Y si las analogías que nos ofrece la historia no son ilusiones , sus armas deben ser vencedoras porque invaden : deben ser vencedoras por la misma razón que fué vencedora la Francia : por la misma que lo fué Roma : por la misma que lo fué Alejandro : por la misma que lo ha sido Napoleon .

Si despues de haber considerado al norte echamos una ojeada por el mediodía , guiados por la luz siniestra de los contrastes , su cuadro se pintará á nuestra imaginacion bajo un aspecto sombrío .

La Diplomacia, constituida en poder desde que Napoleon la abandonó la sociedad palpitante que habia dominado con un cetro de hierro, fué bastante poderosa para trazar á la revolucion de julio su esfera de accion , y al espíritu público de la sociedad emancipada los límites que en otro tiempo solo recibió de la victoria. Pero como el espíritu expansivo de la Francia era un hecho, que podia ser contrastado, pero no extinguido por un hecho contrario , su actividad volcánica viéndose comprimida, se convirtió en fascinacion y delirio , y no encontrando objetos exteriores en que ejercitarse, pugna por devorar á la nacion francesa en sus incendios. Solo por este hecho general, y no por el de las asociaciones políticas, pueden explicarse los movimientos febriles y convulsivos que se han experimentado en Leon, y cuyas oscilaciones se han comunicado á la capital del reino.

En un pueblo en donde las masas han recibido fuertes sensaciones de terror, de libertad ó de gloria , en donde están acostumbrados á organizarse bajo el influjo de un nombre , y agruparse al rededor de una bandera , en donde han gustado ya de las bor-

rascas del foro, mas análogas á las pasiones de la muchedumbre que la monotonía de una existencia agostada por el trabajo, y limitada por los hogares domésticos, todo gobierno es imposible, si no proporciona á estas masas un alimento que baste para ocupar su actividad, saciando su imaginacion y sus pasiones, ó si no las encadena con una argolla de hierro: es decir, que una sociedad así constituida solo es susceptible de un despotismo asolante, de una república borrascosa, ó de un gobierno libre y moderado, pero con una guerra extranjera, que, á falta de un gran sistema de colonizacion, pueda servirle de alimento. El despotismo es imposible ya en Europa: la república, tal como la conocieron los antiguos, no puede existir sin esclavitud; como la conoce la América, sin un continente virgen y sin una sociedad infante; en fin, como la conoció la Francia no es posible sino en un momento de transicion, porque no tenia por objeto la libertad, sino la destruccion de todos los intereses creados por el trascurso de los siglos. Si la república está destinada á gobernar un dia la sociedad europea, sus elementos serán nuevos como los de su civilizacion; y yo no creo que

haya un solo hombre en la Europa que haya estudiado bastante la sociedad, y penetrado en su porvenir, para que los haya descubierto y combinado. La Francia goza del único gobierno que es posible; pero la Diplomacia la ha arrebatado la guerra, que era su condicion necesaria si habia de libertarse de esa fermentacion que la devora.

La Bélgica nos ofrece otro ejemplo que sirve para caracterizar la Diplomacia. Francesa por sus costumbres, por su idioma y sus recuerdos, y, sobre todo, francesa por su posicion, la Bélgica proclamó con aplauso los principios que habian triunfado en Paris, y conquistó su libertad é independendia, rompiendo como Alejandro el nudo de sus relaciones con Holanda, y hollando con sus pies una corona. En este gran movimiento social ella se ostentó al mundo con unas fuerzas hercúleas, que hubieran sido bastantes para tener á raya las invasiones del pueblo vencido, puesto que habian sido bastantes para constituir-la en pueblo vencedor. Pero la Diplomacia, que ha adoptado por principio que nada puede verificarse en las sociedades, que ningun hecho nuevo puede conquistarse un lugar entre los acontecimientos humanos, y que

ninguna combinacion espontanea puede perturbar la armonía de sus meditadas combinaciones, sin que antes hayan sido reconocidas por ella, y formuladas sistemáticamente por los que están iniciados en sus profundos misterios; la Diplomacia, consecuente consigo misma, hizo suya la revolucion de setiembre, como habia hecho suya la revolucion de julio, y la imprimió el mismo carácter que debia tener por resultado las mismas consecuencias.

Siendo un hecho concluido ya la separacion de la Bélgica y la Holanda, la Diplomacia se apresuró á reconocerle, puesto que no podia impedirle; pero con la precisa condicion de que habia de abandonar su tendencia expansiva; tendencia que siempre ha sido su objeto destruir, porque no estando sujeta al cálculo, escapa á sus combinaciones. Ella no habia podido aniquilar esta tendencia en Francia, porque, formando la base de su carácter, no podia desaparecer de su revolucion sin que se aniquilase la sociedad entera, como no podia desaparecer de sus anales sin que se aniquilase su historia.

Entonces la trazó límites, y dándola una falsa direccion, produjo las consecuencias

cuyo carácter dominante acabo de bosquejar. Pero en la Bélgica el principio expansivo era un principio naciente, y tenia su origen mas bien en la naturaleza de las ideas proclamadas en su revolucion, que en el carácter de aquel pueblo. La Diplomacia entonces le sofocó enteramente: y para impedir que pudiera renacer, le destruyó en su causa destruyendo la dominacion de las ideas. El hecho general de la Diplomacia en la cuestion belga ha sido reducir una cuestion de principios á una cuestion de territorio y de intereses materiales: y su consecuencia necesaria, destruir en su origen un entusiasmo fecundo, despojando á la revolucion de su carácter moral, á la sociedad de su energia, al hombre de su dignidad y su heroismo. El pueblo que, inspirado por la libertad, apareció gigante, dirigido ya por la Diplomacia apareció pigmeo. Bruselas, que habia visto á sus hijos cubiertos de laureles, pocos momentos despues los recibió cubiertos de ignominia. Los hombres que derramaron gloriosamente su sangre por el triunfo de un principio, no tuvieron fuerza para combatir, cuando solo se trató de la posesion del Luxemburgo ó la navegacion del Escalda.

Jamas se han presentado á los ojos del hombre observador dos hechos tan contrarios entre sí, verificados en un mismo pueblo, representantes de dos opuestos sistemas, y existiendo en un mismo periodo de la historia, que puede ya apreciar su verdadero carácter. Sin duda una revolucion inmensa habia trastornado las fuerzas vitales de la sociedad, para que apareciese cada- vérica, cuando acababa de ostentarse llena de vida y movimiento. Y sin embargo, en su superficie todo se hallaba tranquilo: ninguna oscilacion violenta habia turbado su armonía: los mismos brazos que habian levantado sobre escombros el altar de la patria, estaban dispuestos á defenderle, si nuevas tempestades amenazaban su existencia. Pero las tempestades se aglomeraron sobre su horizonte, y sin embargo no le defendieron. ¿Cuál pues era esta revolucion, real, puesto que sus consecuencias la proclaman, pero no aparente, porque sus convulsiones no la indican?

Los hombres superficiales, acostumbrados á no ver una revolucion sino en las oscilaciones anárquicas, no podrán explicar este fenómeno de la sociedad belga: pero el filósofo, que sabe que una revolucion es como la

divinidad que crea ó aniquila las sociedades con una sola palabra , con su sola desaparicion ó con su sola presencia; el filósofo, que sabe que esas oscilaciones pasajeras , que el vulgo distingue con el nombre de revolucion , no son sino sus consecuencias mas remotas: el filósofo, que, penetrando con su vista en las entrañas de una sociedad magníficamente organizada, sabe distinguir tal vez un principio de muerte , al mismo tiempo que en el seno de una sociedad ruda , borrascosa y salvaje un principio fecundo de vida , no dudará en designar como única causa de la degradacion moral é instantanea de la Bélgica, la desaparicion del dominio de las ideas expansivas de independendencia y libertad , y la presencia de la Diplomacia como poder, apoyándose sobre todos los intereses materiales de la sociedad emancipada. Solo la presencia ó desaparicion de aquellas ideas pueden elevar á un pueblo como por encanto al templo de la gloria , y sumergirle un momento despues en el lodo de la ignominia.

Jamás ningun pueblo ni ningun conquistador han hecho brillar su espada sobre la cerviz del mundo en nombre de intereses materiales, sino en nombre de un principio,

porque siempre hay en las naciones un principio que las domina : bajo su inspiracion se lanzan los pueblos á la arena , nacen los grandes hombres , marchan las sociedades. Si es un pueblo el que le representa , este pueblo inclinará á su favor la balanza de la gloria : así fué Grecia en los campos de Maraton : así Roma , cuando al mismo tiempo allanaba los muros de Cartago y hacia espirar la libertad en Corinto : así los bárbaros del norte , cuando inoculaban en el seno de una sociedad envilecida el principio de la independencia con un bautismo de sangre. Si es un hombre , este hombre será un conquistador y ceñirá una diadema. Así Alejandro , que debia facilitar á Roma la conquista y la asimilacion del oriente , marchó guiado por su estrella , habiendo encontrado en la tumba de Aquiles un recuerdo , y en su instinto la esperanza : así Mahoma enseñó al árabe vencedor el camino de todas las naciones , y el ardiente caballo del desierto supo salvar sus límites , y refrescarse con las ondas del Tajo y las del Indo : así Napoleon , destinado á reconcentrar las fuerzas vitales de una sociedad desorganizada , brilló como un meteoro en Egipto , apareció como un gi-

gante en Moscow. Cuando las ideas que representaban estos hombres y aquellos pueblos abandonaron el dominio del mundo, su estrella se eclipsó para siempre, y se hundieron en la tumba.

Sí: la razon nos dicta, y la historia nos enseña que solo en nombre de la inteligencia se puede dominar, porque solo á ella pertenece el dominio absoluto de las sociedades. Si: la razon nos dicta, y la historia nos enseña que la inteligencia está representada siempre por un principio en cada período de la sociedad, y que cuando por un extravío culpable ó por una ignorancia presuntuosa la sociedad quiere gobernarse en virtud de otras leyes que las que emanan de este principio sagrado, y cuando quiere revestirse de otras fuerzas que las que recibe de él, su destino es pasar como una sombra, perecer de inaccion, ó arrastrar una cadena.

Así la Bélgica, extraviada en el dédalo inmenso de combinaciones que no nacen del principio que las dió el ser, dominada por el poder bastardo de una Diplomacia que nada sabe, y que no comprende la misma sociedad que piensa que dirige en su delirio, ha

perdido la dignidad y el carácter de una nación que se pertenece á sí misma , y ni aun su historia podrá aprenderse en sus anales, sino en los archivos de una nación extranjera. La corona de su triunfo se ha marchitado en su frente. Su nacionalidad es una irrisión vergonzosa , y una palabra sin sentido. Su constitucion y su rey la han venido de Londres : su existencia material la está garantizada por el gabinete de las Tullerías : á ella no la pertenece sino una bella mañana seguida de una noche eterna. Ni ¿cómo pudiera ser capaz de grandes esfuerzos , de nobles y generosas virtudes una nación á quien la Diplomacia ha arrancado de la arena política , á quien ha despojado de su individualidad , á quien ha condenado á ser teatro pero nunca actora de los destinos del mundo? ¿En virtud de qué títulos , con qué poder , la Diplomacia borra así las naciones del libro de la vida?

La Diplomacia constituida en poder no solo es tiránica y absurda , sino impotente para el bien, aun cuando quiera producirle. El principio de tantas calamidades para las naciones no puede derramar beneficios sobre el hombre : él está condenado á

la esterilidad como el crimen. Todos al recordar su impotencia recuerdan sin duda á la desgraciada Polonia.

Pura como las nieves que la cercan, interesante como una víctima destinada al sacrificio, tal apareció al universo, cuando, mirando á la Francia y entre los brazos de su verdugo, hizo resonar hasta en el polo el eco de libertad que se escuchaba en el Sena. Desgarrada por un triunvirato de naciones que la Diplomacia habia abortado y que consintió la Diplomacia, ella se levantó de su sepulcro contra sus opresores como un remordimiento aterrador: porque si ellos habian podido lanzarla en la tumba, la libertad y la religion pudieron arrancarla de su letargo, y revestirla de una aureola de gloria: su aparicion ha sido breve, pero el instante en que brilló fué magnífico y sublime: las oleadas de los descendientes de los antiguos tártaros se estrellaron ante los pies de la hija de la civilizacion moderna: ella vistió un momento de luz aquel horizonte sombrío: el héroe ante quien se aplanó el Balkan, y ante quien tembló Bizancio, vió secarse sus laureles en aquella lucha ignoble, detenido en su carrera por la mano de un

asesino ó por la cólera del cielo. Pero su vida, que fué una lucha constante, era también una agonía prolongada. En vano tendió sus manos á la Europa; la Europa no tenía mas que lágrimas que ofrecerla en holocausto: la Diplomacia no supo encontrar un remedio para su infortunio en sus combinaciones. En vano los pueblos quisieron lanzarse en la arena: la Diplomacia trazó á su alrededor un círculo inflexible: ni un solo navio surcó las ondas del Báltico para sostener en aquellas regiones apartadas á la libertad espirante. Mientras que en la cámara francesa combatida de un furor impotente resonaban aquellas palabras memorables «la nacionalidad de Polonia no perecerá,» el pié del cosaco la hollaba sin pudor entre la sangre y el lodo, los muros de Varsovia se allanaban, como los de un templo á quien la divinidad ha abandonado, y el puñal del tártaro se clavaba en el seno de la virgen sobre cuya frente se agitaban las palmas de la gloria, y que, cubierta con sus ensangrentadas tocas, bajó otra vez al sepulcro ceñida con la corona del martirio. Ella reposará en su sueño, hasta que, evocada otra vez por los principios mágicos que solo constituyen su

nacionalidad, se levante ensangrentada y vengadora , y persiga á su tirano aun en medio de sus triunfos , siempre unida á su existencia como un cáncer, que hará terrible su agonia y dolorosa su muerte. Entretanto los hijos de esa nacion sin ventura recorren la Europa, víctimas de una noble proscripcion, pidiendo el pan de la piedad de mano del extranjero , y encantando su corazon y sus oidos , no como los hijos de Atenas con las tragedias de Eurípides , sino con la relacion de sus maravillosas acciones , con la pintura animada de su glorioso infortunio , contando al huésped que los recibe la profanacion de sus hogares , el triste duelo de sus esposas, la servidumbre de sus hermanos, y el fin sangriento de su Polonia adorada, que luchó en vano contra un funesto destino.

Con la Polonia ha desaparecido la única barrera que defendia á la Europa de la Rusia , destinada á crecer y engrandecerse con los despojos del mundo , y á quien todos los caminos , el de Paris como el de Constantinopla , conducen á la dominacion. Pero las consecuencias mas fatales de la política del mediodia en sus relaciones con el norte no han sido inclinar la balanza á favor del au-

tócrata de las Rusias , y abrirse á sus devastadoras invasiones con la desaparicion de sus fronteras naturales, sino herir de paralización y de muerte las sociedades que crecían bajo su amparo , y encadenar en ellas un volcán, cuyo principio disolvente está devorándolas con espantosos progresos.

Si Paris, Varsovia y Bruselas han sido los principales teatros de los triunfos de la Diplomacia , su acción se ha extendido sobre todo el mediodía de Europa, de una manera funesta para su porvenir amenazado. Todo sistema tiende á la unidad, porque en la unidad está su fuerza. El norte, con un instinto admirable de su conservación , solo está dominado por un principio , se mueve por una sola voluntad, y presenta en todas sus combinaciones el cuadro de una maravillosa armonía. Solo la Polonia se atrevió á arrojar en medio de aquella unidad compacta un nuevo principio y una voluntad independiente. La Polonia ha dejado de existir. Los estados pequeños de Alemania dieron el ejemplo de una noble resistencia á las invasiones del poder : la Dieta reunida lanzó un anatema sobre ellos, y el congreso, que delibera en Viena en el momento en que yo escribo , se

ocupa en absorber en la gran unidad del norte los peligrosos gérmenes de innovaciones que entorpecían su marcha. Tranquilo el corazón de sus vastas regiones, el norte dirige sus ambiciosas miradas hácia el mediodía, da su voto en sus agitados debates, y paraliza su acción con su terrible *veto*. Sus águilas se reposan en Italia: D. Miguel ha sido su representante en Portugal. Colocado en esta posición formidable, mira con indiferencia las oleadas espantosas que se levantan en la sociedad francesa, seguro de que no llegarán hasta su trono, y que se devorarán en sus esfuerzos impotentes. Entretanto, su vista se dirige hácia el mar Negro, se detiene en el Bósforo que le espera para entregarle la esposa prometida, y seguro de su triunfo la prepara el manto nupcial, disponiéndose para recibir en dote el Mediterráneo y el oriente.

Estudiando el origen de su fuerza, es fácil conocer que esta consiste en que, dominado por un solo principio y una sola voluntad, la Diplomacia allí no se ha constituido en poder; y contentándose con reconocer aquella voluntad y aquel principio, obra siempre guiada por sus inspiraciones,

sin permitirse modificarle ni aun en sus mas remotas consecuencias.

El cuadro que presenta el mediodia es menos lisonjero , y el porvenir que le espera mas sombrío. Cuando la revolucion de julio se apareció á los ojos de todos los pueblos de la Europa, ninguno creyó que aquella gran catástrofe de la legitimidad , y aquella gran victoria de un pueblo que se miró soberano, se reduciría á la catástrofe de Cárlos X y á la victoria de la Carta. Así como la restauracion no habia sido solamente una restauracion de personas , sino una restauracion de principios, la revolucion de julio debió tener el carácter de una revolucion en las ideas: así como aquella arregló la Europa segun su principio tradicional, parecia que esta debia arreglarla segun su principio conquistado. ¿ Se equivocó la Europa cuando pensó que la restauracion destronada debia arrastrar en su caída el principio de su existencia? ¿ se equivocó en pensar que otro principio debia ocupar el trono que abandonaba el primero, así como le ocupaba otra persona? ¿ se equivocó en pensar que este nuevo principio, llamado á la dominacion de la Francia, estaba llamado á la dominacion del mediodia , como

el principio representado por la restauracion , como el representado por Bonaparte, como el representado por la revolucion de 89 , como el que representaron Luis XIV y Richelieu, en fin, como todos los principios que han dominado aquella sociedad , representante siempre de las necesidades morales de la Europa? ¿O debia creer que la desaparicion de un trono sustentado por cien generaciones era un acontecimiento vulgar arrojado en medio de los acontecimientos humanos , sin mas causa que una infraccion á la ley, sin mas consecuencias que una mudanza de personas? No : la Europa no debia creerlo asi ; porque ni la Europa ni el sentido comun conciben un hecho contrario á todos los antecedentes de la historia que es la humanidad , idéntica siempre consigo misma en medio de la diversidad de sus revoluciones ; pero la Diplomacia lo creyó, y todos han visto las consecuencias de sus principios en las dos naciones que fueron el teatro de su triunfo : sus consecuencias en la política general del mediodia no han sido menos desastrosas.

Declarando la Francia que ella no se pondria á su frente , la Francia de julio no

solo abdicó su poder y renunció á su corona, sino que faltó á una obligacion moral, sagrada para los pueblos como para el hombre. El mediodia la habia mirado siempre conduciendo su marcha por medio de los siglos, expresando sus necesidades como sus ideas, y extendiendo su dominacion por medio de la inteligencia ó por medio de las armas. ¿Era moral su desercion, en el momento en que el norte gravitaba sobre el mediodia con todo el peso de su unidad irresistible? La Francia tenia el derecho de renunciar á su gloria por respetar el tratado de Viena: ¿pero tenia el derecho de sacrificar á la Diplomacia una hecatombe de pueblos? El mediodia se encontró sin un principio. El de la restauracion habia ya naufragado: la revolucion de julio no ha podido formular el que debia sucederle. No gobernado por un principio, yo no encuentro el mediodia, sino naciones meridionales, abandonadas á su individualidad y sumergidas en el caos. La Diplomacia, creyendo que hace marchar á las naciones, las ha hecho retrogradar hasta los siglos medios. Pasando la confusion de las cosas á las palabras, el lenguaje de este siglo será ininteligible para la posteri-

dad. A la Bélgica se la llama independiente, cuando lo recibe todo de manos extranjeras: á la Francia poderosa, cuando se somete á un tratado que causó su ignominia, y cuando renuncia la presidencia en el banquete de los pueblos: á la Inglaterra sagaz, profunda y previsora, cuando los Dardanelos se cierran á su pabellon. Todos los principios, todos los elementos coexisten en el mediodia de la Europa, como coexistian en la confusion anárquica de la edad media; Don Miguel y Luis Felipe; Brougham y Calomarde: dentro de los muros de una misma ciudad, aquí se afila la espada del republicano, y mas allá la cuchilla del verdugo: entre tanto la Diplomacia cree que ha constituido la sociedad, y se admira en sus combinaciones.

Pero el filósofo puede preguntar: ¿es este el camino que conduce á una regeneracion, ó el que conduce á una anarquía? Estos síntomas, esta confusion, estas oscilaciones, ¿anuncian una nueva auròra, ó son precursores de muerte? Y sobre todo, con estos elementos heterogéneos y encontrados ¿podria el mediodia resistir á las invasiones del norte? Sin un principio que le guie ¿podrá ser uno jamas? Y si la hora del combate so-

nara para las naciones ¿quién conduciría á las del mediodia de Europa á las orillas del Rin? La Francia ha renunciado á su mision, ¿quién saltará á la arena para levantar la maza de Hércules que debe herir al coloso? Cuando el hombre de bien, cuyo corazon arde con el amor de la humanidad y de su patria, busca la resolucion de este problema espantoso, el porvenir se presenta ante él cubierto con un velo fúnebre, y cree marchar sobre el borde de un abismo, ó el de un inmenso sepulcro.

Pero á lo menos el tratado de Viena al que todo se sacrifica ¿tiene una existencia asegurada? ¿Pueden crecer á su sombra las naciones? Polonia responderá desde su tumba: la Bélgica tiene una existencia que su soplo de vida no la ha comunicado. La Suiza, cuya neutralidad él declaró sagrada, teme en este momento por su territorio amenazado de extranjeros que le cercan. El tratado de Viena es un fantasma: pero sobre sus ruinas ningun principio se ha proclamado, que pueda reunir bajo de su bandera los restos de este naufragio social, estableciendo su armonía. La Europa de julio es un gran cometa, que arrojado por una revolu-

cion de su órbita, fluctúa vacilante en el vacío, y que, fuera de todo sistema planetario, marcha sin direccion y sin concierto á una segura ruina, si la mano de Dios no le detiene, y no vuelve á trazarle su carrera.

Pero á lo menos si los pueblos parecen ¿podrá salvarse el trono de julio? Un orador filósofo ha dicho en la cámara francesa, que treinta y dos millones de hombres no pueden hacer un rey: esta verdad es profunda: ella quiere decir, que jamas la fuerza puede crear el poder: que jamas el derecho puede nacer de un hecho que otro hecho destruirá; que la legitimidad, en fin, es necesaria á los reyes. Pero esta palabra de que se ha abusado tanto, merece que se la explique. La legitimidad aplicada a una accion particular, es la conformidad de esta accion con las leyes positivas. La legitimidad aplicada á un soberano, es la conformidad de sus acciones públicas con la justicia, que si bien es siempre una, no por eso deja de ser diversa en sus aplicaciones á las sociedades modificadas por los siglos. En cada época de la historia la justicia está representada por el principio llamado á la dominacion, que es

la expresion viviente de la armonia entre el derecho absoluto y las necesidades sociales: el poder que representa este principio , el que conserva esta armonia es el solo legitimo sobre la tierra. El poder de un conquistador puede ser legitimo , si representa aquel principio dominante ; pero su legitimidad no nacerá de la fuerza , sino del principio encarnado en él : aquella misma fuerza que lo condujo al trono no era suya , sino de la sociedad , que , como poseedor de aquel principio , supo regir y comprender.

Considerada bajo este aspecto , la legitimidad de Cárlos X no pasó , sino cuando dejó de ser legitima , si puede decirse así : es decir ; que no pasó sino cuando apoyándose en un principio absoluto , dejó de recibir las modificaciones de los siglos , que son la condicion necesaria de su existencia. En el mundo no hay más que una legitimidad absoluta : esta existe sin duda en Dios : pero solo en Dios existe. Los reyes , que se proclaman revestidos de un derecho divino , no saben que al absurdo añaden la blasfemia ; y sobre todo no saben que los pueblos castigan con mas severidad un absurdo , que las leyes un crimen. El poder que

no representa el principio dominante de la sociedad no solamente es ilegítimo , sino que tambien es débil: no comprendiendo á la sociedad, no puede electrizarla, haciendo que se realicen como por encanto todas sus exigencias : no puede llamar hácia sí todas sus fuerzas vitales ; y no teniéndolas en su mano para constituir la fuerza pública , ellas se agitan sin direccion y sin sistema , y producen los trastornos y las revoluciones. Si el trono de Francia sigue apoyado en un hecho , y no se apodera de un principio , su existencia será efímera y borrascosa , y cuando llegue á desaparecer , habrá desaparecido para siempre.

Pero la Diplomacia , que, sometiendo el principio que debia gobernar el mediodia al tratado de Viena que por todas partes se retira de la escena del mundo , ha hecho imposible la existencia de una unidad compacta que pueda resistir á la del norte , que ha desmoralizado la sociedad y debilitado los tronos , no por eso se considera vencida , y cree que apoyándose estos en los intereses materiales de las clases del Estado , y armonizando á los pueblos por medio de sus intereses materiales recíprocos , podrá en-

contrarse esa unidad que se busca; y que con ella el mediodia podrá inclinar á su favor la balanza. ¡Vana ilusion! La tendencia de todos los intereses materiales es á complicarse y subdividirse: su efecto individualizar y disolver. Una sociedad no puede estar fundada sobre ellos; porque la movilidad de sus trasformaciones solo puede producir una agregacion momentanea, pero jamas una sociedad permanente. La sociedad no existe sino entre las inteligencias: la lucha no existe sino entre las necesidades. Por eso una idea es un principio de cohesion; un interés, un principio disolvente. Por aquella pertenece el hombre á la humanidad; por éste se pertenece á sí mismo: y solo por la coexistencia de estos dos elementos, pueden explicarse la libertad y el poder. Así la Diplomacia, invocando los intereses materiales para reorganizar la sociedad, la desorganiza y la disuelve. Arquimedes pedia una palanca para mover el universo: dadme á mí un principio, yo constituiré las sociedades.

Pero la Diplomacia que como todo poder que parece está condenado al absurdo, lejos de abandonar sus teorías, adopta todas sus consecuencias; y despues de haber re-

nunciado á una lucha que tenia por objeto la libertad , arroja el guante del desafio en la cuestion del oriente. Cuestion inmensa y que encierra en su seno el porvenir del mundo : cuestion inmensa que la Diplomacia en su decrepitud no sabe resolver , ni aun puede concebir. Reduciéndola al cuadro mezquino de sus combinaciones , la considera como una cuestion de intereses materiales , y la adopta sin saber que es una cuestion que llamará á la arena todos los grandes principios , cuyos gérmenes se han desenvuelto en todas las épocas de la historia en el seno de la humanidad. ¡Cómo! los principios que con una fuerza irresistible se reproducen en todos los puntos del globo , que luchan igualmente en Paris y en Varsovia , en la antigua y poderosa Alemania y en el espirante Portugal : los principios , que , absorviéndolo todo con su fuerza de asimilacion , aparecen en todas las cuestiones por extrañas que les sean , que se revisten de todas las formas para combatir en todos los teatros , que fascinan todas las imaginaciones ¿se retirarán de la escena , cuando todo un mundo se desploma , y un mundo que les dió el ser? Los pue-

blos de la Europa se disputarán el trono vacante del oriente, ¿y los principios no se abrirán camino para dominar allí las sociedades? Ellos, contemporáneos de los siglos, conocen mejor que los pueblos de la Europa aquellas vastas regiones, teatro un tiempo de sus mayores combates: allí todo recuerda sus triunfos, todo indica su dominación: ellos nos dieron las instituciones de aquellos pueblos antiguos, nos han explicado su gloria: ellos nos llevarán sobre su tumba; y mientras que nuestros ejércitos, huéspedes en aquellos lugares, se disputen una victoria que no pueden dar las armas, ellos y ellos solos engendrarán el porvenir. En vano la Diplomacia quiere arrojarlos del trono del mundo; el mundo les pertenece: en vano los borra de sus tratados; ellos están escritos en las frentes de los pueblos.

El norte, que conoce mejor el valor de los principios, y que se alista bajo de sus banderas; el norte no piensa como nosotros que los intereses materiales deben presidir á sus determinaciones. El Austria olvida que tiene delante de sí á Constantino-
pla, y sacrifica á sus principios su interes: este sacrificio no es fanático, porque los ga-

binetes ni tienen fe, ni pasiones: es el resultado de un cálculo profundo, que la hace concebir que el engrandecimiento de la libertad le sería mas funesto que el de la Rusia, porque las conquistas de un principio son mas absolutas y sobre todo mas durables que las de la fuerza: ella sabe muy bien que un pueblo conducido por una idea que domina, es mas terrible que un pueblo conducido por una espada vencedora: en fin, ella sabe muy bien que en la cuestion de oriente los principios aparecerán en primer término del cuadro, como en todas las cuestiones, con sola la diferencia de que se agitarán en un campo mas ancho, y en una escala mas grande. El Austria sabe todo lo que la Diplomacia ignora, y sufocando su individualizacion, se absorbe en la terrible unidad que nos amenaza, como un hábil general que se replega desde la vanguardia hasta en su espesa falange, para precipitarse sobre el enemigo con una fuerza irresistible. Cuando suene la hora del combate el norte levantará su voz, proclamará su principio, y está seguro de encontrar ecos que le respondan: mandará á sus águilas volar, y encontrará ejércitos que las sigan.

Yo creo que la cuestion de oriente es solo una cuestion para la Diplomacia. Cuando el imperio otomano deje de existir, su trono no estará un momento vacío. Así la historia, que no nos ha pintado en sus páginas la desaparicion de un solo imperio sino precedida de grandes catástrofes y guerras sangrientas, contará á nuestros hijos que un mundo desapareció sin convulsiones. La Diplomacia puede felicitarse con el triunfo de sus filantrópicos sentimientos: ella habrá entonces llegado al límite de la civilizacion; y la posteridad agradecida nunca elogiará bastante la inmensidad de su genio, y la profundidad de sus combinaciones.

Aunque esta es mi opinion particular, yo debo suponer la existencia de la crisis para juzgar de los medios que la Diplomacia tiene en su poder para resistir al norte. Considerando esta cuestion como una cuestion de intereses materiales, ella podrá invocarlos en el momento del peligro; pero los pueblos no responderán á su voz: el entusiasmo no se manda, y solo pueden producirle los principios. La libertad, la independencia, la religion y la gloria han producido todos los héroes, han inspirado á todos

los conquistadores, han sostenido á todos los mártires: el interés no ha producido sino el letargo que adormece, y el egoismo que mata. Todos los hombres, todas las naciones que han dejado una huella estampada en el seno de los siglos al través de su gloriosa carrera, han crecido á la sombra de aquellos principios regeneradores: ¿dónde se oculta el pueblo que ha hecho una cosa grande en nombre del interés? La historia no le ha visto pasar, ni su nombre se encuentra en los archivos de la Diplomacia.

Si despues de haberla considerado en sus efectos en Bélgica, en Paris, en el mediodia de Europa tal como ha salido de sus manos, en sus relaciones con el norte, y en su posicion con respecto á la cuestion del oriente, echamos una ojeada sobre el vecino reino de Portugal, que puede considerarse como la expresion mas animada, la emanacion mas pura del carácter de todas sus combinaciones, hasta el momento en que nuestras armas victoriosas le han dado una nueva vida, esta ojeada será lúgubre como la que se dirige sobre un vasto cementerio, en donde, evocados por las furias, lucha-

rian al resplandor de fantásticas hogueras los huesos animados de razas que fueron enemigas, y que aun en la tumba conservan las convulsiones de su sangriento fanatismo con el sello de su reprobacion. Nuestros ojos están familiarizados con la sangre, y acostumbrados á reposarse sobre estériles ruinas: nosotros hemos visto al despotismo y al crimen triunfar sobre la libertad y la virtud: hemos visto á la anarquia invadir las sociedades, á la disolucion comba- tir las y hacerlas retrogradar hasta el primitivo caos: nuestros ojos han visto la lucha de todos los elementos, y las tempestades no nos asombran: siempre en medio de su horror se ha escuchado alguna voz sublime, siempre en medio de su lucha ha aparecido alguna idea regeneradora, algun bello carácter que ha servido de protesta solemne contra la sangre derramada, y de inefable consuelo á la doliente humanidad: pero el espectáculo del embrutecimiento y del crimen entronizados en un pueblo, sin que se escuche una sola protesta en nombre de la civilizacion; el espectáculo de esa servidumbre silenciosa, de ese cielo sin una estrella, de ese abismo sin fondo, de ese horizonte sin espe-

ranza y sin luz; ¡oh! ese espectáculo es desolante y horroroso para el hombre, como la idea de la nada que no se atreve á concebir. Parece que la Providencia habia retirado su vista de ese pueblo, y le habia cubierto de una eterna noche, para que ofreciese el espectáculo del despotismo en toda su fealdad, y sirviese de una leccion terrible á la Europa que le ha contemplado con espanto. Hay algo de repugnante y de funesto en considerar á esa nacion sola en medio de las demas naciones; á ese destino cumpliéndose por sí solo, sin entrar en el cuadro de los destinos de la humanidad; á ese pueblo que buscaba quien se pusiera á su frente, y le dirigiera en su embriaguez, y que encontrándose en su vértigo con un príncipe que las tempestades arrojaron como una furia en medio de su carrera, le abrazó con convulsiones de bárbaro gozó, porque una voz interior le decia, como al que meditando un crimen mira aparecerse un asesino: *Este es tu hombre.....*; y si dejando de considerar á ese hombre y á esa nacion, echamos una ojeada sobre los vínculos que los unieron, estos vínculos no tenian nada de humanos: eran los que existen entre el

asesino y el puñal: ellos no se formaron bajo los auspicios del cielo, sino bajo los auspicios del delito que fué su númen; y nuestro pecho se oprimia dolorosamente con su existencia, como si respirára en una atmósfera en que ha respirado un fratricida, en que se ha cometido un incesto, ó sobrecargada con los vapores de sangre que derramó una mano impía manchada con un crimen nefando. Al considerar el enlace de ese hombre con esa nacion, nos parecia mirar á un monstruo abrazado con un esqueleto en el seno de un sepulcro.

Tal es el cuadro que ha ofrecido hasta poco há esa nacion desgraciada, cuyos hijos, cubiertos de miseria y vegetando en el cieno de la degradacion, no excitan en los que los contemplan sino el horror de su destino, y en cuya frente se descubre una mancha eterna de sangre, que se refleja de un modo espantoso sobre las naciones civilizadas, cómplices de sus crímenes y de sus extravíos, que no han sabido evitar.

Si el principio absurdo de la minoría en algunas naciones y de la tutela en otras, adoptado por la Diplomacia, puede aplicarse alguna vez sin que su aplicacion sea un

crimen, el estado de Portugal con respecto á los demas estados de Europa, hacia no solamente disculpable sino necesaria esta aplicacion en sus negocios interiores. El principio es absurdo porque es tiránico; y es tiránico porque se apoya en la fuerza. Se concibe bien que el poder social, creado para proteger al débil contra el opresor por medio de la fuerza pública depositada en sus manos, haya puesto á los débiles bajo la tutela de los fuertes; porque dominando con la fuerza pública á todas las fuerzas de los particulares, puede imprimirlas una direccion tutelar, remediar sus abusos y castigar sus extravíos. La tutela es justa en el derecho civil, porque la ley que la crea domina igualmente sobre el pupilo y el tutor: debiendo su origen á la fuerza de la ley, y no á la de los hombres, el principio se ennoblece con su origen, y la justicia y la humanidad le adoptan elevándole al rango de principio eminentemente conservador y social. La tutela, así considerada, impone una obligacion en el que la ejerce, y es un derecho en el pupilo, que encuentra una garantía suficiente en la responsabilidad que las leyes imponen sobre el tutor: pero este

principio trasladado del código de las leyes civiles al de las leyes inter-nacionales es monstruoso, tiránico y absurdo. Declarándose las naciones de primer orden tutoras de las pequeñas, se arrogan un derecho, cuando la tutela debe ser una obligación: no estando limitado su ejercicio por una ley que represente una fuerza superior á la suya, su tendencia es siempre hácia la tiranía, porque es un poder sin responsabilidad: así la Diplomacia, confundiendo todos los principios y trastornando todas las relaciones, nos ha conducido al principio de la fuerza, único resultado de sus sublimes teorías, que no pueden dominar al mundo sino sumiéndole en el caos.

Pero á lo menos ¿será cierto que las naciones pequeñas, como los individuos menores, necesitan del apoyo de un tutor para la gestión de sus intereses, y la satisfacción de sus necesidades sociales? ¿Será cierto que les es negada la capacidad intelectual que necesitan para cumplir su destino? La historia desmiente en sus anales este sistema monstruoso, y se ha complacido en pintarnos á los estados pequeños ocupando un vasto espacio en el mundo por medio de su

inteligencia y de su actividad. Las pequeñas repúblicas de la Grecia dominaron al coloso que las absorbió, sujetándole al yugo de su civilización y de sus leyes, ya que no á la robustez de sus brazos y al imperio de sus armas. Cuando la Europa moderna aun estaba sumida en la barbarie, las pequeñas repúblicas de Italia anunciaron al mundo que iba á renacer la luz en medio de aquella noche sombría: y cuando los grandes Estados que hoy están al frente de los destinos de Europa se fecundaban en el seno oscuro de un lejano porvenir, ellas se habian ya constituido en grupos pequeños pero animados, y cuando aquellos aparecieron en su infancia, ellas rayaban en la virilidad. La razón, conforme siempre con la historia, nos enseña, que en el mundo moral un todo es igual á otro todo; y que el Ser Supremo, al animar con su soplo de vida á las sociedades humanas, no ha contado los seres que se encerraban en ellas para condenar á las unas á una existencia imbecil, y depositar en las otras con el monopolio de la inteligencia el cetro de la dominación.

Pero por desgracia la inteligencia y la justicia que en el mundo moral dominan

siempre, no dominan en las sociedades si no se apoyan en la fuerza. Sin duda el dominio del mundo es su destino, porque el destino del hombre es la perfectibilidad: sin duda las fuerzas vitales de los pueblos concluyen por servirles de instrumento y de apoyo en toda época considerable de la historia; pero hay momentos de vértigo para las naciones como para el hombre: hay momentos de fascinación y de delirio, en que las fuerzas físicas sacuden el yugo de la inteligencia, pugnan por destronarla, y combaten á la sociedad, que en este sacrílego divorcio es arrastrada á la anarquía y condenada á la muerte. Pero como las sociedades están destinadas á no perecer jamas, cuando la inteligencia que debe dominar á un pueblo es rechazada por este pueblo delirante, ó por las fuerzas físicas de otro que se arroja en la balanza, puede llamar á sí las fuerzas físicas de otra sociedad que aun no haya sacudido el yugo de la civilización, para que la sirvan de instrumento contra el principio disolvente que tiene que rechazar, y que necesariamente tiene que sucumbir: porque si Júpiter permitió que los titanes intentasen escalar el Olimpo, no les permitió sentarse en

el banquete de los Dioses: el destino les habia concedido el combate, pero les habia negado la victoria.

En este solo caso la intervencion de una sociedad fuerte, organizada y poderosa en los negocios interiores de una nacion débil y agitada es justa y noble á los ojos de la razon y de la humanidad; pero no debe olvidarse nunca que la sociedad que interviene es un *instrumento* no un poder: que viene á servir á la inteligencia del pueblo amenazado, no á reemplazarle en el trono de que la fuerza le arrojó: que interviniendo cumple con un deber que la civilizacion la impone, pero que no ejerce un derecho que la justicia no la dá: en fin que su accion debe limitarse á remover los obstáculos que se oponian al desenvolvimiento espontáneo de las instituciones de aquel pueblo, que serán siempre la expresion mas fiel de sus necesidades sociales. Pero si la intervencion es justa, cuando una sociedad se rebela contra la inteligencia que la domina, ó cuando fuerzas extrañas la combaten ¿cómo no lo seria cuando un pueblo entero renuncia á la inteligencia, abre un abismo entre él y la civilizacion, y presenta en su marcha y sus

acciones un fenómeno moral sin antecédentes en la historia, que la razon humana no comprende, que, fuera de todo sistema, es una individualizacion monstruosa y repugnante, arrojada en medio de la armonía de los seres y de las sociedades, que la miran con horror sin poderla concebir?

El mediodia puede comprender al norte: sus principios, aunque diversos, están en la naturaleza, y entran en el cuadro de la civilizacion; pero D. Miguel y Portugal son un enigma misterioso que abrumba al entendimiento humano, que ignoraria su existencia si no estuviera manchada de sangre, y si no se anunciara á las naciones como uno de aquellos fenómenos terribles que las aterran en la ignorancia de su primera edad, y de los cuales nada saben, sino que llevan en su seno la destruccion y la muerte. Y sin embargo la Diplomacia ha visto desenvolverse el destino de ese pueblo bajo sus enlutadas fases, mirándole pasar con una indiferencia estúpida, considerándole como un hecho que podia enlazarse con todos los demas, y no mirando en él sino un hecho distinto de una distinta civilizacion. ¡Cómo! La Diplomacia, que adoptando el principio de una

tutela tiránica y absurda sobre los estados pequeños, cree que no pueden constituirse por sí mismos ¿piensa acaso que pueden suicidarse? La Diplomacia, que proclama el triunfo de la inteligencia á quien pretende servir ¿piensa acaso que existe un solo pueblo que deba emanciparse impunemente del yugo de la civilizacion? Harto tiempo los ojos de los hombres han visto precipitarse en la arena los ejércitos para conquistar á los mas débiles en nombre del mas fuerte, y establecer sobre el vencido el imperio de la espada: ¿serán menos legítimas las conquistas de la inteligencia y de la humanidad? ¿No era generoso, no era noble, hacer ondear el estandarte de la civilizacion sobre los muros de Lisboa, como la oliva pacífica sobre un campo de batalla? ¿No era tiempo ya de que un rayo de esperanza descendiese de aquel cielo sombrío, sobre aquellos campos de muerte, que pisa solo un fantasma que fué un pueblo, y que se arrastra penosamente cubierto con un ropaje ensangrentado? Cinco años han bastado á un solo hombre para devorar á una nacion entera: cinco años la Europa ha visto sin conmoverse esa gran catástrofe, esa horrorosa convul-

sion, y sus ojos han tenido tiempo de ce-
 barse en aquel infortunio sin consuelo. Y
 sin embargo, la Europa no ha lanzado un
 grito de indignacion, ni sus manos se han
 tendido hácia las playas de occidente llenas
 de un generoso socorro: si cansada de ese
 espectáculo que pesaba sobre su conciencia,
 ha protestado alguna vez en nombre de la
 humanidad, si ha dejado caer algunas gotas
 de rocío sobre aquel suelo agostado, esa
 proteccion estéril solo ha podido servir pa-
 ra prolongar su dolorosa agonía. Así, un ma-
 nantial escaso que se pierde entre inmensos
 arenales, no puede evitar la muerte, y au-
 menta la desesperacion del caminante se-
 diento.

Si la Europa hubiera seguido hasta en
 sus últimas consecuencias este sistema des-
 astroso, yo no hubiera trazado estas líneas,
 ni publicado tan dolorosas reflexiones: mi
 pluma se hubiera resistido á trazar un cuadro
 cubierto de sombras; el hombre no puede escri-
 bir sin esperanza; cuando ésta desaparece
 del horizonte de su vida, él debe envolverse
 en una silenciosa desesperacion, y desapare-
 cer con ella en el sepulcro.

Pero por fortuna la Providencia, que ha

dado á las naciones con la vida la perfectibilidad, sabe detenerlas en el límite que las separa del abismo: ellas, como el hombre, retroceden espantadas ante la última consecuencia de un absurdo. Esta última consecuencia para la Diplomacia ha sido Portugal: el mismo principio que ha presidido á sus combinaciones con respecto á la revolucion de julio, á la de setiembre, y á la de Polonia, el mismo que la ha señalado su conducta en las relaciones con el norte y en la cuestion de oriente, es el que la ha inspirado la política desastrosa adoptada con respecto á D. Miguel: pero en aquellas cuestiones el absurdo no era aparente, y estaba velado el abismo; en la última el absurdo aparece en toda su horrible deformidad, y el abismo se ostenta sin velos que le cubran, en toda su impotente desnudez. La Diplomacia y la Europa debian retroceder espantadas, y han retrocedido.

El tratado concluido entre España, Francia, Inglaterra y Portugal para la pacificacion de la península ha sido la primera protesta de la Diplomacia digna de la civilizacion. Se ha hablado mucho de este tratado en los periódicos extranjeros, de los cuales

unos le consideran como una revolucion en el sistema de Europa , y otros como estéril para la humanidad, y aun para las naciones que han provocado la cuádruple alianza: yo no sé hasta que punto son fundadas estas conjeturas: espero que el porvenir, poniendo en claro la extension de este nuevo pacto entre las cuatro naciones, nos pondrá en disposicion de juzgar de su verdadera importancia; y solo entonces sabrémos si es un tratado más , ó un primer tratado , base y cimiento de una nueva era. La historia señalará á la nacion española el lugar que ha conquistado en esta ocasion entre las naciones civilizadas: ella tambien ha arrastrado por diez años el sayal de la servidumbre , ha bebido en la copa del oprobio, y ha vejetado en la degradacion. Però apenas la mano benéfica de una reina, que el cielo la dió para que sembrase de flores la senda de su vida, ha levantado de su seno la losa sepulcral, esta nacion vigorosa se ha levantado regenerada, casi no se descubre en su frente la huella de su infortunio, y el primer paso que ha dado en la carrera de la civilizacion ha sido dar un voto enérgico en favor de la humanidad , y sostener-

le con su espada. Cualquiera que haya sido la influencia del nuevo tratado en los asuntos de Portugal, la de nuestro ejército no puede ser dudosa. Él ha asegurado la corona en las sienes de dos reinas, y ha defendido la libertad de dos naciones. Sus laureles no se secarán jamás, ni perecerá su gloria.

Yo no concluiré estas líneas sin echar una ojeada sobre el nuevo sistema que la Diplomacia debe adoptar, si no está condenada á perecer : porque, no lo olvidemos, las revoluciones son siempre simultáneas, y la institucion que no se reforma cuando todo varía no tiene un porvenir. El fenómeno mas evidente del mediodia hasta ahora ha sido la falta absoluta de unidad y el dominio del principio disolvente de la individualizacion: y como consecuencia necesaria de este fenómeno, una desproporcion alarmante entre sus fuerzas y las del norte. El fenómeno mas evidente del mediodia de Europa debe ser de hoy más la reunion de las naciones meridionales bajo una sola bandera, la reorganizacion de la unidad perdida: y como consecuencia necesaria de este fenómeno, el restablecimiento de equilibrio entre las

fuerzas que un dia deben luchar por el dominio del mundo y el monopolio de la gloria. La Diplomacia ha proclamado la unidad que resulta de los intereses materiales: en adelante debe proclamar la unidad de principios y adoptarla como base de sus combinaciones. La Diplomacia ha traspasado sus límites naturales: 1.º en su objeto: porque habiendo sido este en su origen arreglar las relaciones exteriores de los estados entre sí, desde el congreso de Viena empezó á arreglar las relaciones entre los súbditos y los que los gobernaban: 2.º en su carácter: porque habiendo servido al principio de *instrumento*, se elevó despues al rango de poder constituyente; y como consecuencia necesaria de su nueva posicion no reconoció ningun hecho que no fuera obra suya, ó que ella no hubiese modificado de manera que pudiera reclamarle como su propiedad. Las sociedades entonces dejaron de pertenecerse á sí mismas: las instituciones no fueron el resultado de las necesidades locales de los pueblos que renunciaron á su inteligencia; sino el resultado de intereses que no eran los suyos, de necesidades que no conocian, de combinaciones que ellos no formaban, de

la fuerza, en fin, que despues de haber dominado en los siglos de barbarie, ha dominado, aunque revestida de otras formas, en un siglo de civilizacion. La Diplomacia debe entrar en los limites trazados por su naturaleza, y borrados por sus usurpaciones. Su objeto deberá ser arreglar las relaciones que hayan de existir entre el mediodia y el norte: debe reconocer el estado politico y social de los pueblos como un hecho independiente de su poder, como un hecho que la domina, y al cual debe arreglarse en su marcha, y servir de instrumento para su desarrollo y completa realizacion. Como consecuencia necesaria de esta revolucion en su objeto y su carácter, las sociedades podrán constituirse á sí mismas: su existencia, antes facticia y estéril porque no era el efecto de sus fuerzas vitales sino de combinaciones arbitrarias, será ya sólida y fecunda, se apoyará fuertemente en el suelo donde se robustecen sus raices, y los pueblos, antes devorados por una fiebre abrasadora, podrán crecer tranquilos á la sombra de la prosperidad. Si la Diplomacia no desenvuelve progresivamente este sistema, perecerá sin remedio; porque de lo contrario

arrastraria á un abismo la perfectibilidad humana que no puede perecer: su destino seria el de todos los poderes usurpados que han oprimido á las naciones con su peso: su naturaleza los conduce al absurdo, el absurdo á la esterilidad, y la esterilidad á la muerte. Este destino es triste para la usurpacion, pero es glorioso para el hombre, y está escrito en todas las páginas de la historia por el dedo de la Providencia para alimentar su fe y servirle de esperanza.

La Europa dividida al principio en razas que se devoraban á sí mismas, porque su principio era el de la individualizacion, despues en familias y en clases, y mas adelante en naciones, está ya dividida solamente en principios, porque las fuerzas del espíritu humano tienden siempre á la unidad. La Diplomacia, cuyo objeto no puede ser otro que arreglar las relaciones entre cuerpos que se chocan, no puede existir entre los pueblos del mediodia alistados bajo una sola bandera (1), agrupados al rede-

(1) Digo alistado bajo una sola bandera, porque la Bélgica amenazada por la Holanda, y la Suiza por el norte y la Cerdeña, no pueden menos de formar parte

dor de un solo principio , y gravitando hácia un centro comun. El mediodia de Europa es una unidad ; es lo que era un individuo en los siglos bárbaros , lo que fué una familia en los siglos feudales , lo que ha sido una nacion en el siglo XVI ; y como la unidad individual , la de familia y la de un pueblo necesitan de otra unidad diferente para tener relaciones , la unidad del mediodia no puede tenerlas sino con la unidad del norte : la Diplomacia no puede existir sino entre estos dos cometas que luchan en el espacio por la dominacion : si ella no puede conciliarlos , debe abdicar abandonando el campo de las transacciones , para que los ejércitos se señalen á sí mismos el campo de batalla. El mediodia la pide la paz ó la victoria ; y ha confiado á sus manos el depósito de su honor ; este depósito la obliga á no comprar la paz con la vergüenza , porque la vergüenza es un precio mas alto que la sangre. Yo he explicado las ideas que contiene la palabra *legitimidad* de que se ha

de la alianza de los pueblos del mediodia , á cuya politica se aproxima tambien cada vez más el rey de Nápoles .

abusado tanto : como pudieran atribuírsele ideas poco favorables al mantenimiento de la paz general , y como la Diplomacia ha condenado de un modo absoluto la guerra y la decision por medio de las fuerzas materiales de los pueblos de todas las cuestiones que se agitan en las naciones civilizadas , yo debo examinar cual es el lugar que corresponde á la fuerza en medio de la civilizacion.

La fuerza es un elemento necesario en las sociedades humanas : la coexistencia del mundo moral y del mundo físico en el hombre , hacen que su naturaleza sea el resultado de las condiciones necesarias al primero y al segundo : como ser moral , tiende á la conquista por medio del desenvolvimiento de la razon : como ser físico por medio de la fuerza . Cualquiera de estos dos medios que aniquile la Diplomacia , no puede verificarlo sin aniquilar al hombre ; despojándole del primero sería una planta , despojándole del segundo una inteligencia pura . Puesto que el hombre es el punto en que estos dos elementos se reunen , es preciso que sean armónicos en él . Dios ha establecido esta armonía , el filósofo la comprende , y el legislador debe realizarla en las sociedades

que gobierna. ¿Cuál es la ley de esta armonía? ¿Existe un tipo de evidencia que pueda hacernos conocer cuándo hay un desequilibrio entre estos dos elementos, y cuándo el de la fuerza empieza á ser tiránico, y deja de ser conservador? Existe sin duda esta ley, que no es un misterio para el hombre; pero la Diplomacia la ha desconocido, y no pudiendo armonizar ha querido destruir.

La fuerza puede tenerse á sí misma por objeto, sirviendo á un poder usurpado y que solo en ella tenga su origen: entonces la fuerza es tiránica, porque tiende al dominio del mundo que no la pertenece. La edad media es el teatro de su existencia como poder, y por consiguiente la época de la barbarie y del entronizamiento de la usurpacion. Pero las ideas llamadas al dominio de las sociedades tienen que realizarse, que convertirse en *hechos* para dominar: porque si el hombre como ser inteligente rechaza el dominio de la fuerza, como ser físico no puede sujetarse á las ideas, si no se revisten de formas materiales que se apoderen de sus órganos al mismo tiempo que de su razon: pero las ideas al convertirse en *hechos*, tienen que luchar con *hechos* anteriores que

las sirven de obstáculos ; y como no encuentran en sí mismas medios de vencer una resistencia física , tienen que servirse de la fuerza para subir hasta el trono desde donde deben dirigir las sociedades. La fuerza entonces no es tiránica, porque no domina ni se tiene por objeto ; es legítima, porque obedece á un principio legítimo sirviéndole de instrumento para que gobierne la sociedad. Cuando la fuerza se tiene por objeto, es un elemento de barbarie y de desórden: su armonía con el elemento de la razon está turbada ; cuando sirve á la inteligencia, es un elemento de civilizacion, porque obedece á la civilizacion misma: la armonía se restablece entonces, y el hombre cumple con su destino, obedeciendo al único poder que tiene derecho de mandar á su voluntad.

Así, todos los hechos son necesarios y conservadores ; todos caben en el cuadro inmenso que les ha trazado el Criador. Pero si todos son necesarios, sus movimientos son irregulares y desastrosos cuando traspasan los límites que les están asignados por su naturaleza , introduciendo en las sociedades el desórden y la anarquía : en este caso los legisladores deben restablecer su equilibrio,

y dirigir su accion. Si para esto no sirven, ¿con qué títulos gobiernan?

Estas ideas no podian convenir á la Diplomacia: y sirviéndola de obstáculo el elemento de la fuerza que no sabia dirigir, le relegó á los siglos de barbarie, y le negó, como funesto para las sociedades civilizadas. Así Marat consideraba á los hombres como obstáculos, y no pudiendo dirigirlos los suprimia. La Diplomacia ha adoptado los mismos principios, diversos solo en su diferente aplicacion. Pero sus decretos están escritos en cera; los de Dios en bronce: y los elementos que se han escapado de sus manos no obedecen sino á su voz, y no se pueden extinguir. La Diplomacia ha sido tambien filósofa á su manera y sin saberlo: proclamando los intereses materiales, ha descendido hasta el materialismo mas asqueroso y estéril; y proclamando la inteligencia, y aniquilando la fuerza, ha puesto á la sociedad bajo el yugo de un espiritualismo ridículo: ¿si querrá conducirnos al mismo tiempo al sistema de las sensaciones, y á la intuicion mística de Proclo y Malebranche? ¡Triste fatalidad de su destino! que bien se eleve hasta Dios, ora se abata en el polvo,

no puede comprender nunca ni á la sociedad ni al hombre.

Siendo la fuerza un elemento de civilizacion , todos los esfuerzos de los gobiernos ilustrados deben dirigirse á evitar sus extravíos, y que traspase sus límites: este debe ser el objeto de la Diplomacia en sus relaciones con el norte. Una guerra promovida para decidir una cuestion que puede decidirse con un tratado, seria bárbara, inmoral. Pero si el tratado no puede decidirla, ó si es ignominioso, la lucha seria justa y sagrada, como instrumento necesario de triunfo para la inteligencia: en este caso no es absurda la expresion vulgar de *Dios de los Ejércitos*, de que los filósofos se rien porque no pueden concebir la idea de la Divinidad asociada á la de sangre. No: mil veces no: Dios no se asocia á un crimen; pero no siempre el crimen preside á las batallas; no siempre es estéril la sangre que se vierte; no siempre la derraman manos homicidas, ni siempre su vapor mata: que alguna vez regenera; y alguna vez de en medio de un lago de sangre se escapa un principio que va á tomar posesion del mundo, ó se anega en él otro que le ha esclavizado. Entonces Dios está allí;

porque el teatro en que triunfa la inteligencia no es indigno de su gloria. Todas las guerras grandes ó prolongadas han influido poderosamente en el estado social de los pueblos, que no han marchado sino con ellas en la carrera de la civilizacion. Las Cruzadas abrieron canales al comercio y debilitaron al feudalismo: la lucha continua entre los vencedores del Guadalete y los refugiados en Covadonga, le hizo imposible en nuestro suelo: las batallas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt le hicieron espirar en Francia. Orcán I y Mahomet II no sabian que su espada servia á la inteligencia, cuando lanzaba á la Italia la civilizacion antigua; y no podian presumir que esta misma civilizacion iria á visitar triunfante los lugares que la miraron proscrita, emancipando á la Grecia, y arrojando á sus imbéciles descendientes del trono de Constantinopla. Si por desgracia una guerra con el norte fuese necesaria para salvar la libertad del mediodia, el triunfo no podia ser dudoso entre un principio que conquista y un principio que se extingue: porque no debe olvidarse nunca que si la unidad del norte es suficientemente poderosa para aniquilar

al mediodia en su estado de individualización, no será bastante para luchar con ventaja, si el mediodia adopta la unidad que le es propia; unidad mas robusta, porque es mas jóven, y porque se apoya en un principio progresivo y esencialmente vital. Pero prescindiendo de el último resultado de esta lucha, siempre pereceria en ella el principio deletéreo que se apoya en las clases proletarias, y que amenaza á las sociedades mas cultas con una disolucion inminente.

Si despues de haber considerado cuales deben ser los límites de la Diplomacia, y cual su esfera de accion en la nueva época que se prepara á sus anales, echamos una ojeada sobre las naciones del mediodia de Europa, las veremos marchar, á pesar de todos los obstáculos, en la carrera de los progresos, y su porvenir se pintará á nuestra imaginacion con los mas bellos colores.

Los pueblos han sacudido todos los yugos que habian doblgado sus frentes. El de la Aristocracia en el siglo XVI; el de un solo hombre y el de la Anarquía en el siglo XVIII, el de la Diplomacia va á pasar: todos estos poderes han naufragado porque han desconocido su misión. Los gobiernos

para existir necesitan ser el resultado de las necesidades sociales, el centro de todas las fuerzas, la reunion de todos los intereses. El poder público se compone de todos los poderes que dominan la sociedad; la fuerza pública de todas las fuerzas de los asociados: si el poder no reúne todos los elementos que vivifican las naciones, su existencia está condenada á una lucha efímera, y su destino es la muerte. Si pudiera existir un gobierno perfecto, lo sería el que de tal modo reflejase la sociedad, que no existiera en ella ni un solo interes ni un solo principio que no tuviera en él su representacion, y no depositara en él su fuerza: entonces el gobierno no se diferenciaría de la sociedad, sino porque reunía en un punto armónico y luminoso todos los elementos que ó pugnaban ó estaban oscurecidos en ella. Este gobierno sería indestructible; porque no existiendo nada que tuviese accion y vida fuera de él ¿quién le disputaría el dominio? ¿cuál sería el campo de batalla? Pero si semejante gobierno no puede existir, siempre es cierto, que los que mas se acercan á este tipo de perfeccion dominarán por mas tiempo que los que separándose de él se

trazan ellos mismos su carrera. Todos los gobiernos que han pasado rápidamente, y que se han sepultado entre ruinas, han perecido, porque representaban fracciones de la sociedad, que debieron sin duda reclamar una parte del poder, pero no constituirle; que para existir tuvieron que ser tiránicos, como lo son todos los gobiernos débiles, y que, elevados por la fuerza convulsiva de un momento, desaparecieron con este momento y con aquella convulsion. Pero los principios, los intereses, los elementos que se agitan en una sociedad y que la forman diferentes de las otras, no pueden ser ni enumerados, ni comprendidos por ningun hombre; por eso ninguno puede dar á un pueblo una Constitucion que no sea estéril, y que no contenga dentro de sí misma el gérmen de su disolucion, por la presencia de algun principio extraño al pueblo que la recibe, ó por la ausencia de algun principio que forma parte de su vida. Las Constituciones para que sean fecundas, no se han de buscar en los libros de los filosofos, porque solo se encuentran en las entrañas de los pueblos.

El principio de la *espontaneidad* es el uni-

co que, adoptado por la Europa, puede constituir la según sus necesidades. Dominadas las naciones por principios absolutos y por consiguiente tiránicos, han marchado como un bajel entre escollos, á la merced de tormentas que han destrozado su seno. Tiempo es ya de que, quebrantado el yugo de todos los despotismos, las formas orgánicas de los gobiernos sean el resultado de todos los elementos existentes en las sociedades que deben dirigir, y que para dirigir necesitan comprender.

La Inglaterra es el tipo de esta espontaneidad: aquel gobierno admirable no se ha formado en un día; y los vastos y complicados resortes que obedecen á su acción no tienen fecha segura, porque su origen se pierde en la noche de los tiempos. Todos los principios y todos los intereses se han combinado por medio de lentas transacciones, que han asegurado á todos una parte en el poder, robustecido con el tributo de todas las fuerzas vitales de la sociedad: los hechos que la constituyen se encuentran reproducidos según su importancia respectiva en el gobierno que la representa. Cuando la aristocracia era el hecho dominante de la

sociedad, el gobierno era esencialmente aristocrático : cuando las riquezas y el saber fueron el patrimonio de la clase media, el elemento democrático presentó sus títulos, y el gobierno se reformó, porque la sociedad estaba reformada : él no se ha dicho á sí mismo ‘de aquí no pasaré’ porque sabe que esta palabra concita las revoluciones, y que las revoluciones le abismarian en su seno.

Mientras la Inglaterra ofrecia al mundo el espectáculo de un pueblo marchando con pasos de gigante en su avanzada civilizacion, mientras que las otras naciones de Europa pugnaban por constituirse segun sus necesidades sociales, solo España dormia en su profundo letargo, como un planeta en su eclipse. Apenas la providencia llamó á su seno á su rey, cuando en el norte de España flotó como un velo funeral un estandarte ya conocido como el símbolo de la traicion, y eterno en la memoria de los españoles, como un recuerdo viviente de su esclavitud y su ignominia. Él solo se meció en el horizonte, como el ángel de la muerte sobre los escombros de un pueblo que ha pasado : entre tanto solo se descubria para ata-

jarle en su triunfo, y disputarle la victoria, un trono vacilante, una nacion postrada y una cuna endeble mecida por violentos huracanes : pero aquel trono vacilante estaba ocupado por Cristina ; aquella nacion postrada esperaba el momento de la inspiracion para romper sus cadenas ; y aquella endeble cuna llevaba en su seno el porvenir , porque Isabel es el destino de España.

La augusta Gobernadora, echando una ojeada melancólica sobre el horizonte español desde el borde de un abismo, vió el naufragio de la sociedad entera , y la tendió su mano para arrancarla del oprobio en que yacía. España creyó en su felicidad , cuando miró á su reina derramando flores sobre el infortunio, lágrimas sobre el desgraciado , y cuando sentada sobre el trono, y ceñida con la diadema , supo hermanar con el prestigio de un ángel la magestad y la ternura. Ella indagó las causas de nuestra degradacion presente , y estudió los anales de nuestra pasada gloria. No improvisó una Constitucion que hubiera sido estéril ; hizo mas : convencida de que lo presente está unido á lo pasado, como se unirá á lo futuro , de que un pueblo sin tradiciones es un pueblo sal-

vaje, como una sociedad sin progresos una sociedad sin vida, de que la mision de los legisladores es hacer marchar las sociedades sin que su movimiento las destruya, de hacerlas que se reposen sin que este reposo sea un letargo que las hiera de paralización y de muerte; convencida, en fin, de que la espontaneidad de las instituciones y de las leyes es la única garantía de su duración, porque solo entonces se apoyan en las ideas y en las costumbres que deben dominarlas, ella adoptó por base de su nueva ley orgánica los principios que en tiempos mas felices hicieron nuestra gloria: los modificó adoptando las nuevas formas con que se revisten las sociedades modernas, y que son el resultado de sus necesidades actuales: finalmente, conociendo en su sabiduría que ni los principios particulares de la España de otros siglos, ni los generales de la Europa del siglo XIX son suficientes para constituir una nacion, porque no basta para constituir-la apoyarse en lo que fué y en lo que la rodea, quiere saber en su solicitud los hechos que existen en la sociedad que debe gobernar: quiere saberlos por el conducto de sus representantes legítimos, y los convoca para

escuchar sus peticiones, y remediar los males de esta nacion sin ventura.

Ella ha trazado el círculo que no podrá quebrantarse sin un crimen, que las pasiones no salvarán sin dejar estampada en este suelo una huella profunda de sangre. Las Córtes generales del reino deben concluir la obra que ella ha confiado á sus penosas tareas. Los Padres de la Patria van á tomar sus asientos en las sillas cúrules por tanto tiempo vacías. La Europa los observa: la nacion los aguarda como á sus libertadores: el trono los mira como su apoyo y su esperanza: la posteridad va á empezar para ellos con su aparicion en la escena política: ¡felices! si al concluir su mision y al volver al seno de sus hogares, vuelven con un corazon puro y con una conciencia serena. El divorcio entre la libertad y el órden ha producido todas las catastrofes de las sociedades humanas: ¡felices! si pueden encontrar en sus luces y en las lecciones de la historia los lazos que deben formar su union restableciendo su equilibrio. El trono les ha dado ya el ejemplo: ellos acabarán la obra, defendiendo ese mismo

trono , consolidando la libertad , y sofocando la anarquía.

Sí: nuestro porvenir está asegurado como el de toda la Europa, porque los pueblos marchan al abrigo de las tempestades por la inteligencia, reina del mundo moral, señora del mundo físico. Ninguna clase ha llegado á la dominacion sino apoyada en su fuerza. Preguntad á la India y al Egipto: los sacerdotes dominaban aquellas naciones, cuyos anales son los orígenes del mundo, porque la inteligencia habia fijado su trono en el recinto de los templos. Preguntad á la Grecia: Orfeo está en la cuna de su civilizacion y de su historia. Preguntad á los siglos de barbarie que acaban de pasar á nuestra vista: los cláustros dominaban la sociedad, porque en ellos se fundaron las primeras escuelas. Preguntad á la clase media salida del polvo ayer, y hoy reina del universo: si el comercio y la industria la han formado, solo la inteligencia la ha constituido en poder, y la ha ceñido la corona. Preguntad á las sociedades infantiles: ellas obedecerán al bardo de sus montañas, porque la inteligencia eleva allí su trono sobre las cuerdas de la lira.

Si la inteligencia ha dominado siempre la sociedad, en medio de los obstáculos que se han levantado en su camino, su triunfo no puede ser dudoso, cuando los obstáculos desaparecen, y cuando todos los despotismos se quebrantan. Tengamos fe en el porvenir que se fecunda en nuestro seno. Si esta fe no estuviera en nuestros corazones, la encontraríamos en la historia.

